



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Filosofía Práctica

Trabajo Fin de Máster

Sionismo y Hannah Arendt

El Estado judío no es la patria judía

Autor: Carmen Parra López

Tutor: Prof. D. Antonio García-Santesmases

Madrid, 10 de septiembre de 2021

AGRADECIMIENTO

A MI MARIDO, HOY Y SIEMPRE.

RESUMEN

Hannah Arendt mantuvo durante su vida un equilibrio difícil entre el sionismo y su condición de judía. En los años posteriores a la subida de Hitler al poder se compromete con la causa sionista, pero sus influencias acerca de lo que representaba para ella ser judía – no renunciar a ello, no esconderse, no avergonzarse – le hizo entender los dos tipos de judío que se podían encontrar. De un lado el paria consciente, del otro el advenedizo. Las influencias de intelectuales judíos en su vida y en su obra es enorme. Muchos de ellos sionistas convencidos, otros en contra de ese movimiento. Hannah Arendt reflexionó sobre la creación del Estado de Israel. Las consideraciones que nos presenta la filósofa y política resultan muy esclarecedoras. Podemos entender la actualidad en esa parte del mundo, la más castigada por guerras y migraciones; saber el porqué de la división entre los propios judíos sobre cómo debían afrontar la partición con los palestinos árabes y comprender que una parte de la población judía estuvo siempre dispuesta a utilizar la Shoá como justificación a determinados comportamientos como descifrar el trágico atentado contra Isaac Rabin: su causa, sus consecuencias y las implicaciones históricas que lo crearon.

Palabras clave: Israel, judío, árabe, restablecimiento de la paz, derechos humanos, territorios ocupados, filosofía política.

ABSTRACT

Hannah Arendt maintained a difficult balance between Zionism and her Jewishness throughout her life. In the years after Hitler's rise to power she committed herself to the Zionist cause, but her influences on what it meant for her to be Jewish - not to renounce it, not to hide, not to be ashamed - made her understand the two types of Jews that could be found. On the one hand the conscious outcast, on the other the upstart. The influence of Jewish intellectuals on his life and work is enormous. Many of them convinced Zionists, others against that movement. Hannah Arendt reflected on the creation of the State of Israel. The considerations presented by the philosopher and politician are very enlightening. We can understand the current situation in that part of the world, the one most affected by wars and migrations; we can find out why Jews themselves were divided over how they should deal with the partition with the Arab Palestinians and understand that part of the Jewish population was always ready to use the Shoah as a justification for certain behaviour, such as deciphering the tragic attack on Yitzhak Rabin: its cause, its consequences and the historical implications that created it.

Keywords: Israel, Arabs, Jews, Peacemaking, Human Rights, Occupied territories, Political philosophy.

ÍNDICE

1. Introducción	6
2. Objetivos	9
3. Metodología	13
4. El peculiar sionismo de Hannah Arendt. Sus influencias	17
5. Dos momentos que fundamentaron el futuro: Balfour y Biltmore	28
6. Un pueblo sin país y un país sin pueblo. El paria consciente y el judío advenedizo	33
7. El conflicto palestino-israelí: un panorama presentado	40
8. Conclusión	56
9. Bibliografía	59
10. Índice de nombres	62

1. INTRODUCCIÓN

Se resistió a aceptar una sociedad y una visión del mundo cuyos fundamentos siempre fueran inevitablemente hostiles a ella, y no a ella en lo personal sino en cuanto judía. Esa sociedad, en efecto, nunca le había hecho por propia voluntad, en cuanto judía, la concesión más elemental, más importante y mínima: la igualdad de derechos humanos.

Hannah Arendt. *Rahel Varnhagen. La vida de una mujer judía.*

El mundo en el que vivimos está sumido en un tiempo de realidades oscuras y despertares de un sueño algo idílico que envolvió las últimas décadas del siglo XX. No tenemos certezas y las que se nos aparecen no auguran un futuro demasiado positivo. Lo que sin duda une unas épocas a otras es la forma en la que el ser humano consigue mantenerse en la cuerda floja cuando debajo no hay red alguna. Leyendo la obra de la filósofa judía-alemana Hannah Arendt la mente no se remite a un espacio anacrónico. Las preguntas que se hizo la autora, los problemas que planteó, las inquietudes que movieron su espíritu resultan modernas, decididamente actuales. Las respuestas, contra todo pronóstico, también. Su recorrido vital es un caudal colmado de elementos que lo llenan y le hacen detener su marcha una y otra vez: los años de estudios en su Alemania natal; la influencia de Heidegger como profesor y amante; los años negros del horror nazi; el exilio a Estados Unidos; la inclinación absolutamente cautivadora de llamar a las cosas por su nombre, como ocurrió con su postura respecto al Sionismo y al Estado de Israel, o la crónica del juicio a Adolf Eichmann.

Ella no se consideró filósofa, sino dedicada a la política como disciplina. Su pensamiento transitó de la filosofía compartida en Alemania con compañeros y maestros a los análisis más afilados que elaboró en tierra norteamericana en periódicos, libros, conferencias y clases. Se podría afirmar que hay una Hannah Arendt hasta 1942 y otra posterior. La historia de los acontecimientos referidos a su identidad judía le estallaron de frente cuando comenzó el Holocausto. Como tantos otros sintió ese abismo del que hablaba en una entrevista para la televisión alemana. Ella también fue una superviviente, pero su supervivencia le sirvió para profundizar en el estado en que quedó Europa y los problemas sobre la existencia de los judíos que continuaron su tránsito tras lo acaecido.

Sin duda, la faceta política de Hannah Arendt se vio enriquecida por su afán de colaboración en numerosos proyectos.

Cuando hablamos de dos Hannah Arendt en su desarrollo intelectual, nos referimos en particular al proceso que atraviesa como mujer judía que busca comportarse a la altura que las circunstancias le exigieron. Primero, el peligro del desastre y, después, sus convicciones más profundas le hicieron dibujar curvas y contracurvas en su pensamiento. No solo es la filósofa del mal radical, también de la banalidad del mal, la que consideraba que el bien más preciado del ser humano consiste en estar, ser yo con uno mismo; la necesidad de hablar a nuestra conciencia y que ella nos hable a nosotros; la mujer paria; la sionista que comprendió que su razón no encontraba argumentos en ese espacio y se enfrentó a él. Ahí está el valor de su testimonio, de su profundo análisis. Ahí se ve que no había nada que la hiciese bajar su voz si el momento exigía hablar en alto. En la misma entrevista, contestaba que siempre decía lo que pensaba, y, se podría añadir, pensaba lo que decía.

El tema de este trabajo pretende traer a la vida del pensamiento de nuevo a la autora. Considerando las ideas sobre sionismo y antisemitismo, teniendo en cuenta la riqueza de experiencias frente al horror, temiendo como temía que el Estado de Israel colapsara antes o después (aun anhelando de corazón que no fuese así): qué tendría que decirnos hoy Hannah Arendt en reflexión con ella misma sobre la política israelí actual. Enfrentar su pensamiento, lo que de él sabemos, al inestable marco en que se inscriben las tensiones continuas entre los territorios palestinos e Israel. Mirar la realidad del siglo XXI en los temas que enfocó puede desvelarnos dos ideas: que su mirada afilada es aún pertinente, y que nada ha cambiado mucho, o que todo ha cambiado poco. A setenta y tres años de la fundación del Estado de Israel, la solución de crear un Estado binacional con igualdad de derechos ha quedado trasnochada. Casi todos los países árabes vecinos se desangran en luchas internas por el poder o contra sus propios grupos extremistas que se valen del terrorismo para imponer su ley. El problema palestino parece el menor de los problemas para esa parte del mundo que tuvo, hace mucho, sus miradas puestas en Palestina y parecía iban a mantener un apoyo inquebrantable a sus hermanos hasta la consecución de la victoria. Del otro lado, Israel ha conseguido entablar relaciones diplomáticas con algunos de esos países, antaño enemigos acérrimos. Aquellos no han

cambiado en su meta hacia la total posesión de Palestina. El método violento ha sido el camino más corto para ir conquistando y colonizando territorios acorralando en porciones estrechas de tierra a un pueblo palestino cada vez más a su merced.

Como Hannah Arendt expuso en su obra *Sobre la violencia*: «La extrema forma de poder es la de Todos contra Uno, la extrema forma de violencia es la de Uno contra Todos» (2005, 57).

2. OBJETIVOS

La figura de Hannah Arendt ha cobrado con el transcurso del siglo XXI un auge importante. Es cierto que la filosofía fue su plataforma de lanzamiento en su vida intelectual, aunque no lo es menos que, tras los sucesos en Alemania durante el mandato de Hitler, encontramos una Arendt que se desenvolvía sin problemas entre las líneas de los artículos periodísticos, las conferencias y las clases, donde volcaba su implicación para analizar lo que ocurría y reflexionar sobre ello. Sin duda, sin su vertiente filosófica no hubiera nunca navegado con éxito sobre aguas tan peligrosas. Desde temprano fue consciente de que era judía a pesar de no practicar esa religión. Probablemente, si los acontecimientos en Alemania no hubiesen tomado el cariz que tuvieron, hubiera sido un rasgo más de Hannah Arendt, como su pelo negro o su estatura. Elle fue alemana. Y ciudadana de un mundo que presencié descomponerse.

Sabemos que es ante este hito en su vida cuando ella se manifestó como lo que era: una mujer judía alemana. Y como tal vivió hasta su muerte. Su aproximación al sionismo tuvo lugar como una excusa para poder hacer algo que calmase su conciencia y que trajese actividad a una etapa en que se sucedían las maniobras primeras de la escalada de terror que Hitler había previsto para el pueblo judío. Una vez concluida la guerra continuó moviéndose en comités y asociaciones que trabajaban para crear un país que desde 1917 quedaba dibujado dentro de otro. La Tierra Prometida. Eretz Israël. Pronto se cercioró de que distintas formas de entender la nación, la patria, chocarían sin remedio. Tras la Conferencia sionista de Biltmore, Arendt se fue alejando de los extremismos. Lo que veía crecer alrededor no le gustó. Se había esfumado la oportunidad de demostrar que el judío se incorpora a la historia de los seres humanos como el resto: viviendo. Su arriesgada, pero valiente, apuesta por transmitir lo que sintió ante Adolf Eichmann en su juicio en Israel le valió vivir hasta su muerte con una herida que nunca se cerraría. Fue rechazada por sus compatriotas, por sus amigos y por la mayor parte de la intelectualidad judía.

Israel, como país, ha recorrido un camino que ya ella predijo y sobre el que advirtió que deberían darse ciertas circunstancias que asegurasen la convivencia entre dos nacionalidades. Consagrar un estado a su exclusiva vertiente militar, sin hacer el esfuerzo de entablar una relación con el pueblo que ya estaba allí cuando ellos llegaron, acabaría

por convertirse en todo aquello para lo que no fue concebido. Se verán en el desarrollo posterior los matices sobre su forma de entender el judaísmo que hay que distinguir en una mujer que es difícil de comprender en algunos escritos.

Acontecimientos ocurridos en Israel, como el asesinato de Isaac Rabin en 1995, nos colocan, tras un salto enorme temporalmente, en una encrucijada desde la cual no podemos sino inclinarnos hacia la Arendt más visionaria. Ella no se hubiera extrañado de que algo así ocurriese, como no se sorprendió del ambiente bélico con que el Estado judío comenzó su andadura como país.

De todo esto se trata cuando volvemos al subtítulo: el Estado judío no es la patria judía. Si algo sabía era distinguir entre los conceptos de estado-nación, patria, polis. Y sobre las formas en que cualquier lugar puede convertirse en un infierno si quien lo gobierna hace uso de la violencia, la fuerza o la estupidez. Ella estudió nada menos que los orígenes del totalitarismo, los analizó, los vivió y supo transmitir sus premisas necesarias. El colonialismo, el imperialismo, el antisemitismo, formas de entender el poder que cuando se quieren evitar ya es tarde y que transmiten injusticia y odio hacia el vecino.

Los puntos en que se divide este trabajo se establecen de atrás hacia adelante en el tiempo. Primero se ven las influencias que pesaron más en Arendt cuando ella misma fue consciente de ser judía. Ante un conflicto como el que se vivió en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, una pensadora judía como era ella tuvo que cribar, sopesar y entender las diferentes opciones que se ponían sobre la mesa de cara al futuro sobre el pueblo judío. Mendelssohn, Blumendfeld, Scholem o David Ben Gurion son intelectuales judíos que influyeron sin duda en su visión del problema. Con su luminosa razón ella nunca se adhiere definitivamente a nadie, simplemente analiza el contenido de las ideas que cada quien ofrece y va ponderando qué supuesto se aproxima más a su propio parecer.

Después se hace un breve recorrido por dos acontecimientos decisivos en la construcción del Estado de Israel, Biltmore y Balfour. Ambos dieron paso a un hecho que vendría a definir la política internacional del Oriente Próximo hasta nuestros días. La partición de un país ya existente en dos, con dos religiones, dos formas totalmente distintas de ver el mundo. Ni la misma Hannah Arendt quedó muy convencida de cómo

se presentaba el día de mañana ante este hecho. Habló largo y tendido sobre la forma en que se hubiera debido conducir cada aspecto teniendo en cuenta las particularidades del caso. Un fallo en cualquiera de las medidas a tomar y todo el entramado podría colapsar. De hecho, a la vista está, nada ha sido fácil para ninguno de los dos países, y hoy se sufren las consecuencias – sobre todo los árabes palestinos - del mal comienzo que aquel momento histórico tuvo.

Yendo de lo general a lo particular, Hannah Arendt estableció dos maneras de “verse como judío”: el paria y el advenedizo. Cada uno de ellos tiene su representante para ella: Bernard Lazare y Theodore Herzl. Arendt diseccionó sus peculiaridades dejando a la vista un engranaje propio de cada judío tan antiguo como la propia existencia de su pueblo. En cada época se vieron ejemplos de ambas vertientes, pero es a partir de los años veinte del siglo pasado cuando se encendieron las alarmas, solo las de algunas mentes despiertas, y hubo un posicionamiento claro respecto de la propia identidad judía y el modo en que encararse con quienes pretendían su negación como personas con iguales derechos.

El tiempo ha pasado y muchas de las dificultades que ya Arendt sospechó que pasarían se han enquistado de tal modo que, el conflicto palestino-israelí ha pasado a convertirse en una pugna crónica donde no valen los intentos de poner paz, acuerdos o tratados. Se han ocupado territorios de forma ilegal por parte de los judíos, se han producido ataques terroristas, guerras ilegales, conculcado derechos humanos, asesinado impunemente, en un toma y daca que, por el momento, mantiene a una mayoría judía con su zarpa puesta sobre una minoría árabe que se ve sola. David contra Goliat. La paz ni está, ni se la espera si se permite la expresión. Si Hannah Arendt hubiese vivido para verlo, aunque ya presencié la época de guerra entre ambos pueblos, habría dicho alto y claro lo que opinaba argumentando sus palabras.

De su obra *Una revisión de la historia judía y otros ensayos* presto atención a todos sus capítulos. Sin dejar nunca de lado *Los orígenes del totalitarismo*, *Responsabilidad y juicio*, *En el presente*, *Ensayos de comprensión* y las dos biografías: la de Elizabeth Young-Bruehl y la de Laura Adler. También artículos suyos en periódicos como *Le Journal Juif*. Pero antes de eso, hay que volver atrás para conocer a las personas

que influenciaron su mirada a la etapa que le tocó vivir. A esas que fueron moldeando su forma de enfrentar los mayores desafíos para una mujer judía y filósofa que quiso mirar el mundo a través del velo de la política.

3. METODOLOGÍA

La ejecución del proyecto se ha realizado siguiendo una metodología basada en el paradigma interpretativo utilizando, técnicas cualitativas partiendo de fuentes primarias y secundarias, realizando un metaanálisis de sus contenidos, apoyado en la opinión de expertos y utilizando las orientaciones y referencias de las obras de Corbetta, y María Pinto.

Corbetta plantea la pregunta de si hay un método científicamente más correcto entre el positivista y el interpretativo, afirmando la legitimidad, utilidad y dignidad de ambos. Añade que no difieren por meras cuestiones técnicas, sino que son expresión de dos perspectivas epistemológicas distintas. Por lo tanto, las técnicas cuantitativas y cualitativas conducen a conocimientos diferentes que enriquecen el conocimiento de la realidad social.

En este estudio hemos utilizado técnicas cuantitativas en la elaboración de una base de recursos documental puede decirse que ningún cuerpo de datos sociales, como material empírico, es agotado por análisis alguno. Siempre son susceptibles de nuevos análisis que:

[...]en la esfera pública de todas las sociedades se produce una infinidad de documentos que permanecen como «huellas» de esa cultura y que pueden servir de documentación para la investigación social; aparte de las personas y las instituciones, las «cosas» también pueden hablar al investigador, presentándose como «huellas físicas» de la cultura que se ha producido. [...] Un metaanálisis es un estudio basado en la integración estructurada y sistemática de la información obtenida en diferentes ensayos... Consiste en identificar y revisar los estudios controlados sobre un determinado problema, con el fin de dar una estimación cuantitativa sintética de todos los estudios disponibles. (Corbetta 2007, 27)

Inicialmente, se han utilizado las técnicas de investigación de análisis textual de documentos y posteriormente de análisis de la información de contenidos. El análisis textual en la identificación y selección de documentos cuyos contenidos tuvieran relaciones directas con el proyecto organizándolos en una base documental para esta investigación. Y el análisis documental de contenidos para extraer de la base documental seleccionada: información, resúmenes, referencias, citas y el material utilizado e integrado en el cuerpo del este trabajo, resultado del proyecto realizado.

Las ventajas más evidentes de la utilización de documentos para fines de investigación social presentan tres ventajas: no reactividad; posibilidad de análisis diacrónico y costes reducidos [...] inconvenientes: el carácter incompleto de la información y el carácter oficial de la presentación. (Corbetta 2007, 403)

El análisis textual se ha utilizado para la recopilación de la documentación que sirve como fuente, no se ha empleado desde un punto de vista del análisis, si no como medio para la recopilación de dichas fuentes. Corbetta expresa, con relación al análisis textual, una de las técnicas sobre cómo se puede emplear dicho análisis:

Estudiaremos los documentos textuales desde el punto de vista de las técnicas de análisis, sino desde el punto de vista de las fuentes, para ofrecer una idea de dónde puede encontrarse el material documental y cómo puede utilizarse para estudiar los fenómenos sociales más diversos. (Corbetta 2007, 390)

Así, se ha trabajado de acuerdo a las siguientes pautas:

- Determinación de la viabilidad del estudio del tema propuesto, Sionismo y Hannah Arendt: el estado judío no es la patria judía.
- Búsqueda y análisis de documentación relacionada con la propuesta.
- Realización y edición del TFM según la propuesta presentada.

La determinación de la viabilidad del estudio del tema propuesto se ha llevado a cabo con la elaboración de hipótesis previas, evaluadas en las primeras búsquedas de documentación determinadas para este propósito.

En la búsqueda y análisis de documentación sobre el tema a tratar se ha empleado fundamentalmente una metodología cualitativa basada en la técnica de investigación documental y de análisis de información sobre bibliografía, documentos y artículos de Hannah Arendt, como fuentes primarias, y de otros autores que analizan su obra y pensamiento, como fuentes secundarias.

El análisis textual de documentos ha permitido la selección de los contenidos desarrollados en este TFM, y su posterior estudio con el análisis de información que permitió concretar y argumentar, los contenidos trasladados y que forman parte de esta reflexión sobre el Sionismo de Hannah Arendt.

La credibilidad de un estudio cualitativo se relaciona con el uso que se haya hecho de un conjunto de recursos técnicos (duración e intensidad de la observación-

participación en el contexto estudiado; triangulación de datos, métodos e investigadores; acopio de documentación escrita y visual propia del contexto). (Vallés 1999,104)

La investigación social basada en documentos tanto impresos como auditivos, visuales y periodísticos nos posibilita utilizarlos para reunir, seleccionar y analizar datos que están producidos por la sociedad para estudiar un fenómeno determinado. Esto nos permite construir un marco referencial teórico. Es necesario conocer aspectos históricos, contextuales, normativos, organizacionales e institucionales, de opinión pública, entre otros, relacionados con el tema de estudio, desde la obra de Hannah Arendt.

Así mismo Vickery señaló que:

Los métodos de recuperación, entre los que se cuenta el análisis documental, responden a tres necesidades informativas de los usuarios, en primer lugar, conocer lo que otros pares científicos han hecho o están realizando en un campo específico; en segundo lugar, conocer segmentos específicos de información de algún documento en particular; y, por último, conocer la totalidad de información relevante que exista sobre un tema específico. (Vickery 1970,154)

El objetivo ha sido recopilar la mayor cantidad de información para crear una visión lo más completa del objeto de estudio y su posterior tratamiento. No se han seguido las técnicas comúnmente utilizadas de obtención de datos cualitativos; se trataba de obtener información documental que permitiera preparar la fundamentación, descripción, elaboración y estudios de los temas relacionados con el sionismo en el pensamiento de Hannah Arendt.

El análisis documental centra su atención en la creación documental que se realiza diariamente, posesionándose de ella, asimilándola por medio de lenguajes documentales mediante claves y reglas apropiadas para organizar las fuentes de forma que facilite su utilización. Es un sistema donde se describe y representa un documento utilizando metadatos y metainformación.

El análisis de información, por su parte, pone la atención en la información contenida, sus significados, en sus fuentes y autoridad. Se centra en el análisis de contenido en un contexto específico, produciendo información, posibilitando su recuperación y obteniendo, más que referencias, datos evaluados y en formato listo para su utilización en investigaciones o estudios. Ambas dan una respuesta metodológica y

científica, en el tratamiento detallado, a la necesaria metodología científica para el tratamiento de la información contenida documentalmente. Ese análisis en la investigación sería la técnica utilizada para la obtención de datos, argumentos y razonamientos de este estudio cualitativo, siguiendo este orden de pasos en su tratamiento:

- Recopilar e inventariar los documentos existentes y disponibles
- Obtener la información mediante el registro y análisis sistemático de las lecturas realizadas.
- Obtener, seleccionar, transcribir y ordenar la información más concerniente a los propósitos del estudio.
- Codificar los contenidos explorados: clasificación de la información recopilada en categorías, concentrando los contenidos relacionados con el estudio propuesto.
- Integrar triangular la información: relacionar las categorías obtenidas en el paso anterior, entre sí y con los propósitos que justificaban y motivaron el estudio, en forma cruzada y comparativa de los documentos seleccionados, obteniendo una síntesis comprensiva sobre la realidad analizada.
- Evaluación definitiva de las hipótesis previas.

Realización y edición del TFM según la propuesta presentada una vez obtenida la información y evaluada la viabilidad del tema planteado se ha procedido a la elaboración del estudio, la definición de objetivos, sus argumentos y finalmente la propuesta para su realización.

4. EL PECULIAR SIONISMO DE HANNAH ARENDT. SUS INFLUENCIAS

G.G. ¿Recuerda si algún acontecimiento determinante marcó su giro hacia la política?

H.A. Diría que lo ocurrido el 27 de febrero de 1933: el incendio del Reichstag y los arrestos ilegales que le siguieron esa misma noche, las llamadas «detenciones preventivas». Como sabe, trasladaron a los detenidos a los sótanos de la Gestapo o a los campos de concentración. Lo que entonces sucedió fue monstruoso, aunque ahora esté eclipsado por lo que ocurrió después. Eso me sacudió de inmediato, y desde ese momento también me sentí responsable. Es decir, dejé de considerarme una simple espectadora e intenté ayudar de diferentes maneras. [...] (Arendt 2018, 46)

El interés de Hannah Arendt por los sucesos de la Alemania nazi, en sus primeros momentos, la llevaron a una reflexión de la que salió reafirmada como judía frente a un sistema que ponía en peligro todo cuanto había sido lo normal hasta entonces. Si bien es cierto que ya en sus etapas universitarias fue objeto de ataques verbales por grupúsculos nacional-socialistas contra su origen judío, Arendt vivía aún en un entorno de cultura y socialización que no le despertaron ninguna sospecha. Reclamaba en su respuesta cierto grado de responsabilidad como judía o quizás como alemana que vio venir el peligro, pero no pudo frenarlo. Advertida ya de la situación se acercó al mundo del sionismo, en concreto a la Unión Sionista Alemana. Ellos despertaban como podían de la pesadilla a los judíos y los sacudían para que tomaran decisiones. Su presidente fue una de sus primeras influencias en este tiempo: Kurt Blumenfeld¹. Hombre de cultura, germano de convicción y judío. Desde joven decidido a dar pasos importantes en el ámbito del sionismo, para ello fundó una asociación con otros jóvenes en su época de estudiante. Convertido en secretario y portavoz de la Organización Sionista de Alemania, en ese tiempo conoció a Arendt y se convirtió en uno de sus amigos más importantes a lo largo de su vida. Blumenfeld tenía un poso cultural denso, pero el esfuerzo de su vida lo invirtió en el intento por hacer comprender que, si se era judío, lo mejor y más favorable era ser sionista. Acontecía que muchos de ellos se negaban a reconocer su origen, por

¹ Kurt Blumenfeld (1884 – 1963) fue uno de los grandes amigos de Hannah Arendt. Alemán de nacimiento y judío sionista, se convirtió en secretario general de la Organización Sionista Mundial en 1911. Ya desde 1909 trabajó como secretario también de la Federación Sionista de Alemania, llegando a presidirla. Cuando los nazis subieron al poder, abandonó para siempre Berlín y se instaló en Palestina.

miedo, vergüenza o comodidad. Los ciudadanos judío-alemanes enriquecían el legado cultural germano, pero no podían aumentar el suyo porque no tenían una civilización fijada con coordenadas físicas ni imaginarias, solo siglos de Diáspora y exilio: «Nosotros los judíos propendemos a tener una perspectiva histórica invertida: cuanto más alejados del presente están los acontecimientos, con tanto mayor viveza, claridad y precisión aparecen.» (Arendt 2015, 37). De eso se dio cuenta Kurt Blumenfeld y estimó que el sionismo era la solución. Una solución semejante a una revelación que podría darse en cualquier momento dejando claro un aspecto: un judío fuese lo que fuese frente al resto del mundo siempre sería visibilizado como judío.

El objetivo que debía guiar la vida de un sionista era instalarse en la Tierra Prometida. Arendt, como él, estaba convencida de que no había que convertirse a ninguna otra religión o asimilarse para obtener los derechos que sus conciudadanos ya poseían. Lo único a lo que eso abocaba era a poner en la tesitura a quien se emancipase de ir contra otro judío si así lo requería la circunstancia; de acuerdo con esta afirmación, el caso del asesinato de Isaac Rabin a manos de otro judío puede verse como una consecuencia de todos los conflictos que nacen del hecho mismo de aceptarse como judío y como ser que vive la historia y convive con el resto del mundo y quien aún está anclado en un pasado ahistórico y antisocial.

No es ninguna casualidad que las catastróficas derrotas de los pueblos de Europa empezasen con la catástrofe del pueblo judío, pueblo de cuyo destino creyeron todos los demás que no tenían por qué preocuparse basándose en el dogma de que la historia judía obedece a *leyes excepcionales*. (Arendt 2015, 38)

Los judíos tampoco estaban a favor de la separación entre judíos del este o del oeste; judíos ricos que actuaban como hermanas de la caridad con los judíos pobres en vez de alzar la voz por sus prójimos y juntos buscar una solución. Las circunstancias peligrosas siguieron aumentando en la vida común de los judíos alemanes y Hannah Arendt sintió la necesidad de ayudar a otras personas que estaban siendo perseguidas por su ideología comunista. Les ocultaba en su casa, pasaba información, les ayudaba a huir. Se vio incapaz de seguir en su torre vigía político-filosófica. Seguramente nunca se lo hubiera perdonado. Para ella pertenecer al pueblo judío era su propio asunto, era problemático y, en consecuencia, un problema político. Habitaba con ella misma, lo que

suponía ser dos-en-una. Y el diálogo entre ambas era para ella un pilar incuestionable en su modo de ver la vida: «Los mejores de todos serán aquellos que solo tengan por cierta una cosa: que, pase lo que pase, mientras vivamos habremos de vivir con nosotros mismos» (Arendt 2007, 71)

No participar en los asuntos políticos del mundo se convertiría en una irresponsabilidad, eludir deberes. El fin último de la política es la libertad y la justicia. Justo lo que estaba en juego en aquellos momentos. La integración de los judíos en su comunidad no tenía por qué significar la asimilación. Esto le hizo mirar con otros ojos la segregación en EEUU, donde ella vivía. Hannah Arendt distinguió entre dos términos: discriminación y segregación. Discriminar viene a definirlo como la acción de separar lo que no presenta un común elemento. Tender a sumar algo que puede ser no exacto, pero guarda relación con ello en algún sentido. La segregación tiene que ver con la libertad y la igualdad: diferenciar a las personas por su color, raza, sexo o religión y conferirles un status distinto (sin derecho al voto, al matrimonio interracial, etc.):

La segregación es discriminación impuesta por la ley, y la integración no puede más que abolir las leyes que imponen dicha discriminación; no puede abolir la discriminación e imponer la igualdad en el cuerpo político. Y es que la igualdad no solo tiene su origen en el cuerpo político, sino que además su validez está claramente restringida al terreno político. Solo en él somos todos iguales. [...] Lo que la igualdad es para el cuerpo político – su principio más profundo – lo es la discriminación para la sociedad. La sociedad es ese dominio peculiar, híbrido en cierto modo de lo político y lo privado, donde, desde el comienzo de la Edad Media, la mayoría de los hombres ha pasado la mayor parte de su vida. (Arendt 2017, 162-64)

No hablaba la ciudadana alemana, hablaba la mujer judía que se había formado en la filosofía alemana y se reconocía en el pensamiento de Moses Mendelssohn (1729-1786). Este filósofo había llevado a cabo su propia reflexión bajo el influjo de la razón, fue el gran filósofo judío de la Ilustración Haskalá². Estimó siempre que el pueblo judío debía incorporarse a la vida del lugar que habitase como el resto de habitantes. En su caso, su lucha fue la guerra de un solo hombre. Abogó por el compromiso con todo lo que

²Término hebreo para referirse a la Ilustración judía que abarca desde fines del XVII hasta el siglo XIX. Una de sus pretensiones fue hacer del hebreo una lengua predominante entre los judíos, también fomentar el estudio de la historia judía como materia secular y apartarse de las enseñanzas que se impartían en la escuela religiosa o *Yeshivá*

acaecía alrededor. El otro, el prójimo, tenía derecho a reconocerse a sí mismo como igual, sin ser marginado. Fue considerado el padre del judaísmo moderno. Tradujo el Talmud al alemán. Consideró imprescindible el hermanamiento del judaísmo con la tolerancia. No había razón que justificase la reforma de ningún dogma básico de su religión. Lo que debía definir al judío convirtiéndose en uno de sus primeros mandamientos era transigir, ser tolerante. La ética judía es multiconfesional, a todos los justos les está reservada la salvación eterna sin importar su origen o religión. Y ciertos principios que deben observarse tienen mucho que ver con los principios éticos de la razón ilustrada. Se le reprochó, sin embargo, los desencuentros surgidos en el seno de su propia comunidad. Sin ir más lejos, Baruch Spinoza³ fue expulsado de su ciudad, y un amigo del propio Mendelssohn siguió el mismo camino por pretender un cambio en la enseñanza judía insertando materias seculares. Esto provocó un conflicto con sus ideas y decidió alejarse del fundamentalismo judío, identificado entonces con la comunidad sefardí.

Mendelssohn le elaboró al judaísmo un traje a la medida de la Ilustración. Su pretensión fue modernizar e incluso reformar todas esas costumbres milenarias. Aceptar al gentil y, por encima de todo, al judío heterodoxo. Al ser practicante de su religión se le hizo difícil compaginar ese aspecto con su ideal ilustrado. Sin embargo, en la sociedad que se movía el clima era receptivo aun teniendo en cuenta estas incoherencias. José II de Austria promulgó un Edicto de tolerancia en 1782 en el que se favorecía la absoluta inmersión de los judíos en la sociedad civil. La mayoría abrazó a la minoría. El filósofo era partidario de que el judío diese una respuesta igual o mayor a tan generoso ofrecimiento, por eso censuró sin dudas la práctica de la intolerancia entre los propios miembros en el seno de su comunidad. Si la meta de cualquier religión era alcanzar la felicidad debía observar unas verdades que eran eternas – como la existencia de dios o la inmortalidad del alma – y que a nadie se le podía exigir creerlas o seguirlas porque hubiera supuesto transgredir el sentido y la esencia de las mismas. Eran y son eternas, estarán ahí por siempre, quien lo anhelase podría embarcarse en su búsqueda y hallar entonces la dicha que perseguía.

³ Filósofo judío nacido en Ámsterdam (1632-1677). Adelantado a la Ilustración y uno de los principales exponentes del Racionalismo.

Toda religión, la judía una de ellas, contiene unos preceptos teóricos cuyos correlatos prácticos constituyen el cumplimiento de esos mandamientos. Cumplirlos se convierte en una opción para el creyente, que podrá seguirlos todos o parte de ellos. Esto no significa que se esté apartando de la fe, la judía en este caso. En el Siglo de las Luces la Razón iluminó todo y la posibilidad de la libre decisión llegó al judaísmo impregnándolo de nuevos aires. Se había recorrido un duro camino gracias al cual la sociedad aceptó la absoluta emancipación del hombre, pero ahí no había lugar para el judío. Todo el desarrollo del ser humano se apoyó en dos premisas: una razón libre e independiente más una tradición, concreta y única, que daba sentido al pasado y al presente. Esto le conformaría como persona y le daría la pauta para la consecución de la felicidad. Formando parte de la sociedad, haciendo uso de su razón sin impedimentos y asumiendo la tradición, alcanzaría su meta. Sin embargo, primero debía pedirle permiso a su voluntad.

No es pues una casualidad la versión que defendía Hannah Arendt, ni es original tampoco. Para ella la integración de los judíos en su entorno no tenía que ser sinónimo de asimilación. De ello reflexionaba en América, donde en ese momento se estaban dando casos de segregación racial. Todo le resultaba, por desgracia, un poco familiar. En esos momentos no hablaba la ciudadana, era la mujer judía apoyada en Mendelssohn.

Lo que la igualdad es para el cuerpo político – su principio más profundo – lo es la discriminación para la sociedad. La sociedad es ese dominio peculiar, híbrido en cierto modo de lo político y lo privado, donde, desde el comienzo de la Edad Media, la mayoría de los hombres ha pasado la mayor parte de su vida. (Arendt 2017, 164)

En 1941 se puso en contacto con los círculos sionistas y comenzaron sus colaboraciones en *Aufbau*⁴. En su reflexión continua sobre los acontecimientos, encontró apoyo en Hans Jonas⁵ y Kurt Blumenfeld que estaban también a favor de un ejército judío,

⁴Término alemán que se traduce por “construcción”. Era el título de la publicación creada en Nueva York en 1934 y que iba dirigida a los judíos alemanes emigrados a Norteamérica. En ella escribieron personalidades de origen judío de la talla de Albert Einstein, Thomas Mann, Stefan Zweig y la misma Hannah Arendt.

⁵ (1903-1993) Estudió filosofía con Hannah Arendt. Ambos tuvieron los mismos maestros: Husserl, Heidegger y Bultmann; compartían además su origen judío y la nacionalidad germana. Con el ascenso al poder de Hitler, emigra a Londres y se traslada a Palestina después, aunque finalmente, será en Estados Unidos donde lleve a cabo su labor docente. Desde principios de los años setenta desplazó la base de su

que luchase bajo bandera judía y no en cuanto francés, inglés o alemán. Si un judío era atacado debía defenderse como judío. El concepto que se tenía hasta entonces de judío y su mala fama debían cambiar. Arendt manifestaba que ser judío tenía que significar ser libre, capaz de tomar decisiones y abogar por sus derechos de forma respetable y con armas, si fuese necesario. Ella sentía profundamente cada cuestión vital que se le planteaba. Hay que tener en cuenta que reconstruyó su existencia a partir casi de cero después de su exilio. Es por esta causa que advirtió como indispensable mantener vivos conceptos como el desarraigo, el exilio colectivo y el ser refugiado.

El infierno ya no es una creencia religiosa, ni una fantasía, sino algo tan real como las casas, las piedras y los árboles [...] la historia contemporánea ha creado una nueva clase de seres humanos: la clase de los que son confinados en campos de concentración por sus enemigos y en campos de internamiento por sus amigos. (Arendt 2015, 3)

En 1941 se percató de que la política antisemita nazi había «cambiado de naturaleza» (Adler 2015, 187). El exterminio de los judíos se había puesto en marcha y sería completo. Al año siguiente, Arendt se desesperaba por el silencio de todos los judíos norteamericanos. *Jewish Labor Committee, Institute of Jewish Affairs, American Jewish Committee* y *Agoudath Israel* eran las cuatro instituciones que no quisieron enfrentarse a la administración americana. Un rabino aseveró que los judíos eran las víctimas por su inflexibilidad en cuanto a la libertad, la fe y la democracia. Hannah Arendt afirmó categóricamente que llevaban a los judíos a la muerte por ser judíos, nada más. Lo primero que había que apoyar era el derecho a ser judío. Una vez conseguido ese objetivo, ya se estaría en disposición de luchar por una Palestina judía y libre. La mayoría de los judíos establecidos en Nueva York pensaron que insistir en la creación de un ejército judío podría aumentar el antisemitismo. Los británicos, por otro lado, temían que si esas fuerzas armadas llegasen a hacerse realidad se volviesen contra los árabes o contra ellos mismos. Todo quedó en nada. Arendt se volvió casi profetisa al considerar la perspectiva de que bajo el cuidado de una Europa federal fuese fundada la patria judía. Thomas Mann apostó también por ello: «[...] sois vosotros quienes crearéis una nueva Europa. Será una

pensamiento a los problemas éticos de la técnica moderna, incluida la medicina, convirtiéndose en uno de los primeros bioéticos del panorama internacional.

Federación europea en el marco más amplio de la colaboración económica entre los pueblos civilizados del mundo.» (Adler 2019, 184).

Ella siempre juzgó el problema judío como un problema político que podía llevar al judío a la muerte segura. La judeidad era un pasaporte a la nada y al olvido: «[...] en este mundo insensato es mucho más fácil ser aceptado como un “gran hombre” que como un ser humano» (Arendt 2015, 9). Su gran lucha y obsesión fue siempre enfrentar la impostura y falsedad de quienes, siendo judíos, luchaban denodadamente contra sí mismos para no evidenciarlo.

Hagamos lo que hagamos. Finjamos lo que finjamos ser, no hacemos más que revelar nuestro insensato deseo de transformación, de no ser judíos. Todas nuestras actividades están dirigidas a conseguir ese objetivo. No queremos ser refugiados, puesto que no queremos ser judíos. (Arendt 2015, 11)

Se encargó del texto fundacional del Grupo de la Juventud Judía. Eso le ayudó a seguir reflexionando sin caer en la desesperanza. Necesitaba diseccionar lo que ocurría, cribarlo. No era posible ya un futuro cautivador, pero había que esforzarse por pensar en algo nuevo, estrenar un pensamiento que no basase toda su efectividad en el futuro, sino que no tuviese ataduras. No se podían poner, con las sombras que partían Europa, día y hora a los planes del mañana. La política funcionaba cuando su reloj coincidía con la hora de los episodios que la conformaban. La mochila del pasado ya pesaba en exceso, iba llena de “pueblo elegido”, “Tierra prometida”, “la sal de la tierra” y otras confusiones que se habían sostenido por mor de una religiosidad caduca. Tampoco en Palestina estaba la alternativa, nada iba a parar la disolución de ese gas Zyklon B que estaba aniquilando a la judería europea en aquellas fábricas de la muerte. Ese nacionalismo que impregnaba todo estaba de más en ese instante. Las fronteras físicas que se querían poner solo acarrearían fronteras mentales, otros enemigos, otros guetos. En Eretz Israel⁶ el terrorismo hizo acto de presencia, Arendt calificó al *Irgún*⁷ como “fascistas judíos”. Ser

⁶ Término utilizado por algunos sionistas del ala más conservadora para referirse al antiguo reino de Israel, cuyas fronteras incluían toda Cisjordania y partes de Jordania.

⁷ Ejército judío clandestino establecido en Palestina durante el mandato británico. Se oponían a la política del país, imperialista, y llevaron a cabo ataques contra el personal británico y contra bases de operaciones. Uno de sus correligionarios fue Menachem Begin, posteriormente diputado en el parlamento israelí que llegó a convertirse en primer ministro del nuevo Estado.

judía fue para Arendt un deber moral, era llevar la estrella amarilla en el pecho de por vida. Una manera como otra de ser digna, de alcanzar una vida que merecía ser vivida. La venda del sionismo ya había resbalado de su entendimiento, entonces vio claro que solo interesaba un territorio cuyos mandatarios solo se preocupaban de aumentar su superficie a costa de vidas árabes. Fue muy crítica con la filosofía ancestral que una élite dentro del pueblo judío llevó a cabo. Escribió, con una lucidez admirable, que ese sionismo color sepia, lleno del polvo del tiempo, les hizo creer que para sobrevivir había que estar muerto.

Ya entonces sus posiciones y opiniones escandalizaron a sus conocidos y amigos. Se quedó sola ondeando la bandera de la dignidad del judío, no la blanca de la rendición al enemigo. La ceguera de los dirigentes religiosos fue vergonzante, solo les movía el dinero, el nacionalismo por un país casi sin construir y la obscena indiferencia con que trataron lo que ocurría en los campos de exterminio. Hannah Arendt se preguntó una y otra vez dónde estaba escrito que el pueblo judío mereciese más privilegios que el pueblo palestino. En la *American Jewish Conference* apenas pudo contener su impotencia, escribió: «Mientras los guetos de Europa están en llamas, la gran Sinagoga de Nueva York organiza un banquete en honor de un actor famoso. Discursos interminables, brindis y honores.» (Adler 2019,191) Si se construía el Estado de Israel, el antisemitismo se haría crónico. Una lucha de siglos, un exilio de milenios no daba derechos y un país no se podía comprar quitándole el pan a quien lo habitaba antes que él. Sería un estado con una mayoría y una minoría, no con equidad. Ella no podía estar de acuerdo con esto. Iba contra todas sus ideas políticas y sociales.

Para 1943 ya habían tenido lugar la declaración de Balfour⁸, el “Papel Blanco”⁹ y la conferencia de Biltmore (ver apartado 5). Esto vino a ser una inflexión en las inclinaciones de Arendt. Todo el tiempo que pasó inmersa en su lucha en favor de los judíos, su libertad y sus derechos como seres humanos, lo empleó también en una honda

⁸Tratado que recogía el derecho del pueblo judío a tener una patria en la Tierra de Israel. Firmado en noviembre de 1917, denominándose igual que el secretario de exteriores que representó al gobierno británico en su firma, Arthur Balfour.

⁹ Recogía severas restricciones en cuanto a la inmigración judía a Israel y la apropiación de territorios en Palestina. Llamaba a la instauración de un Estado binacional

reflexión acerca de esa época extraña y lacerante. Los valores ilustrados de Magnes¹⁰, los principios fundacionales nacidos de la Revolución Francesa – Libertad, Igualdad y Fraternidad – tenían que seguir vivos aún con tantos judíos muertos. Este temblor no dejó nunca de afectar a Arendt, fue una cesura permanente en su vida. Incluso apareció la culpabilidad y el cargo de conciencia: si ellos eran judíos y murieron por esa causa, ¿Qué hacía ella viva aún? En 1954, afirmaría:

Desde el punto de vista del sentido común, no necesitábamos el auge del totalitarismo para ver que vivimos en un mundo al revés, un mundo en el que no podemos orientarnos acatando las reglas de lo que una vez fue el sentido común. En esta situación, la estupidez en sentido Kantiano se ha convertido en la enfermedad de todo el mundo [...] (Adler 2019, 77)

Su visión crítica con el sionismo no le hizo perder el norte, tuvo claro el objetivo: intentar acabar con el antisemitismo que, recordémoslo, era un problema político. El mundo no se dividía en judíos y antisemitas. La sola idea de una Palestina judía no tenía ningún sentido para ella en esos momentos. Le parecía una quimera ilusionarse con un pedazo de tierra donde vivir en paz. La Tierra Prometida no era la opción. Se debería haber hecho uso de la política como hilo conductor universal que capacita para entablar relaciones equitativas entre diferentes interlocutores. Ya no podría hablarse del movimiento sionista como un movimiento de liberación, aunque lo importante para el resto fue seguir hacia adelante y no parar ante nada, ni valores éticos, ni reflexión, ni crítica sobre el pasado. La Shoá hizo temblar los cimientos de toda una civilización que colapsó. Lo tendría que haber sido el centro de atención se convirtió en una lucha entre ideas sobre un territorio.

Lo que algunos historiadores como Peter Novick denominan hoy “la marginalización del Holocausto” alcanza también a la prensa de Palestina. Por ejemplo, el *Jerusalem Post* del 30 de marzo de 1943 dedica más espacio al cese del primer ministro de Bengala que a un artículo publicado bajo el título «Medio millón de judíos muertos en Varsovia». (Adler 2019, 194)

¹⁰ Judah Leon Magnes (1877-1948), rabino y líder religioso norteamericano, fundador y primer rector de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue un sionista que estuvo a favor de un Estado árabe-israelí. También fundó el Ihud, asociación que perseguía el avance en las relaciones entre árabes y judíos.

Ella estaba en lo cierto respecto a la inacción de la comunidad. Si no hubiese sido por las voces minoritarias que insistieron en ello, el asunto del rescate de los judíos europeos no se hubiese tratado en la *American Jewish Conference* del 42. Eran raras las manifestaciones contra la masacre que ejecutaban los nazis. La biógrafa de Arendt, Laura Adler, relata:

Ellie Wiesel plantea la pregunta: «Si nuestros hermanos hubieran demostrado tener más compasión, más iniciativa, más atrevimiento... Si un millón de judíos se hubieran manifestado ante la Casa Blanca... Si judíos notables hubieran empezado una huelga de hambre... ¿Quién sabe?» (2019, 191)

Se equivocaban de parte a parte quienes creyeron que el tema se circunscribía únicamente a los judíos: era la Humanidad la que estaba en peligro. Ithazk Gruenbaum, asentado en Palestina desde 1933 y antiguo jerarca de la comunidad judía polaca en el período de entreguerras, tuvo la responsabilidad – impuesta por David Ben Gurion¹¹ - de responder a la cuestión:

Dirán que soy antisemita, que no quiero salvar a los exiliados, que no tengo un verdadero *yiddish hertz*, un auténtico corazón yiddish... que digan lo que quieran. Creo que queda fuera de toda cuestión pedir a la *Jewish Agency* que asigne una suma de trescientas mil o de cien mil libras esterlinas para ir a ayudar a los judíos europeos. (Adler 2019, 191)

Hannah Arendt consideró incluso que la política palestina tendría que haber sido dirigida por judíos europeos, con ellos sí se hubiera construido la historia de un pueblo, el judío, y no uno que solo fuese una masa, donde solo destacasen los privilegiados con dinero. Tras el fin de la guerra, Arendt pidió que a los supervivientes (no eran personas jurídicas, no tenían papeles) se les concediesen permisos de residencia en vez de considerarles inmigrantes ilegales. La inmigración fue selectiva, su finalidad: formar un Estado sólido y autosuficiente que se convirtiese en un “movimiento judío de esencia nacional”. La oposición de Arendt a estos aspectos fue total, pensar en un sionismo

¹¹David Ben-Gurion (1886-1973) Uno de los fundadores del Estado de Israel. A los 18 años era profesor de una escuela judía en Varsovia, se une al sionismo socialista y se traslada a Israel en 1906. Su posición siempre fue contraria a cualquier tratado o papel que impusiese un modo de gobernarse al pueblo judío o les indicase qué territorio era suyo o no. El pueblo judío por sí mismo merecía una patria y un territorio. Funda en 1919 el partido Ahdut ha-Avodah y dos años después el sindicato Histadrut, siendo líder de ambos. Tras la declaración de independencia de Israel llegó a Primer ministro y fue a la vez, ministro de defensa.

mayoritario que cercase al pueblo árabe física y socialmente le parecía espeluznante. Ellos, como ella misma, como los judíos europeos supervivientes, eran ciudadanos sin patria.

Escribió un artículo, *Zionism reconsidered* (1944) tachado por algunos lectores como antisemita y la causa de su ruptura con dos grandes amigos de toda la vida: Blumenfeld y Scholem. Gershom Scholem¹² había coincidido con su amiga en numerosos aspectos del problema, pero no pudo tolerarle más su postura opuesta a cuanto se estaba urdiendo para conseguir la nueva patria judía. Kurt Blumenfeld estaba más acostumbrado al carácter de Hannah y tras un tiempo volvieron a retomar su amistad. La resolución última de la organización sionista mundial pidió por unanimidad un territorio judío que ocupase toda la superficie palestina. Si cupo algún atisbo esperanzador de ver triunfar negociaciones de paz en la época entre árabes y judíos, aquella maniobra echó todo por tierra. Arendt tuvo claro que el proyecto sionista solo hubiera sido aceptable si hubiese tenido en cuenta a la población árabe vecina. Ella no se trasladó a Palestina para vivir en la Tierra Prometida, nunca.

¹² Nacido en Alemania, se trasladó a Palestina donde se dedicó activamente a la política apoyando a la asociación Brit Shalom que defendía un estado binacional donde los pueblos árabe y judío compartiesen y conviviesen pacíficamente en igualdad de condiciones. Estuvo siempre en contra de las corrientes rabínicas que influenciaban la política, y su gran temor fue que surgiesen corrientes contrapuestas dentro del propio judaísmo, que los condujesen al enfrentamiento.

5. DOS MOMENTOS QUE FUNDAMENTARON EL FUTURO: BALFOUR Y BILTMORE

En noviembre de 1917 el ministro británico de Exteriores, Arthur Balfour¹³, remitía una carta a Lionel Walter Rothschild – miembro destacado de la comunidad judía británica -. No se trataba de un documento oficial. En 1920 se reunieron Gran Bretaña, Francia, Japón e Italia en San Remo. Allí se dibujaron las fronteras y la propiedad de aquellos territorios conquistados por el ejército aliado en la Primera Guerra Mundial. Se delimitaron estados como Líbano, Siria, Irak y Palestina. Con ello además se les investía de legitimidad internacional. Llegó el turno de debatir la carta de Balfour, que no era más que el cumplimiento de una promesa hecha por el gobierno británico a la comunidad judía: un hogar nacional para el pueblo judío, en Palestina. Por eso se le denominó al documento también “la Carta Magna de los sionistas”.

[...] El gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y se esforzará para facilitar la consecución de ese fin. Se entiende con claridad que en nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de todas las comunidades no judías ya existentes en Palestina, ni los derechos ni el estatus político de los que han disfrutado los judíos en cualquier otro país

En 1922 la Sociedad de Naciones¹⁴ le dio el carácter protocolario que se precisaba para convertirla en un tratado válido y legítimo, mediante su aprobación por cincuenta y un países. Los judíos ya contaban con una referencia para construir el país que anhelaban en Palestina, pero para el mundo árabe supuso una conmoción y se opusieron a esta operación política. El territorio había sido liberado por tropas británicas de las fuerzas Otomanas que lo tenían en su poder. Los sionistas consideraron el hecho de que Gran Bretaña estuviese al mando de Palestina como el patrocinio de un Estado que permitía comenzar a construir legítimamente su nación. Desde finales del siglo XIX fueron

¹³ Arthur Balfour (1848-1930) Primer ministro y secretario de asuntos exteriores británico, que dio nombre a la Declaración que tras la Primera Guerra Mundial daba entidad a la aspiración sionista de la creación de un Estado de Israel. Esa declaración fue, en realidad, una simple carta enviada al Barón de Rothschild, cabeza visible de los judíos de clase alta en Gran Bretaña. Tras ese gesto, fue tomada en serio como si de una ley se tratase.

¹⁴ La precursora de las Naciones Unidas fue la Sociedad de las Naciones, nacida tras la Primera Guerra Mundial en 1919. Se concibió apoyándose en el Tratado de Versalles como una forma de mantener una paz ciertamente inestable. A pesar de sus esfuerzos y algunos logros, fue imposible frenar el segundo enfrentamiento entre Alemania y el mundo.

llegando inmigrantes judíos a Palestina. La sociedad de Naciones dio entonces carta de naturaleza al futuro Estado judío.

Es fácil de comprender que los palestinos y los países árabes vecinos reaccionaran con furia a tal decisión. Usaron todas las armas diplomáticas que tenían a su alcance. No consideraban admitir que los judíos establecieran un Estado en tierra palestina. Hay que añadir en este punto, que los sionistas llevaban décadas adquiriendo terrenos porque los árabes los vendían. La formación del Estado sionista se había gestado en tres momentos: de acuerdo a la noción de Estado judío de Herzl en 1897; según el mandato de la Sociedad de Naciones en 1922 y por la resolución de partición de Palestina por la ONU en 1947. Los árabes insistieron una y otra vez en la invalidez de todos esos documentos. Incluso hoy se mantiene esta postura por parte de sectores radicales árabes. La formación del Estado de Israel suponía la culminación exitosa de poseer un territorio físico, futura expresión de la identidad del pueblo judío. Era la Tierra Prometida por Dios, asentada en los mismos terrenos que consideraban históricamente suyos. Casi 40.000 judíos se encontraban allí ya en 1917, construyendo asentamientos en tierras adquiridas a propietarios árabes.

La Declaración de Balfour rompió con la historia milenaria del exilio. Habían conseguido el reconocimiento de su derecho a habitar la tierra de sus antepasados. Para quienes siendo judíos no compartían el ideal sionista aquello supuso un reto importante. Ellos perseguían la emancipación en sus países, no el agrupamiento en un país común, pero sus voces no se escucharon. Desde el prisma británico, su respaldo al proyecto sionista fue un movimiento calculado respecto al tablero de la política exterior que llevaban a cabo en ese momento.

Pretendieron ubicarse estratégicamente en Medio Oriente para tener bajo su influencia toda la cuenca del Mediterráneo y no perder de vista el Canal de Suez. Fue Chaim Weizmann ¹⁵ quien se propuso conseguir el apoyo de Gran Bretaña que escuchó sus peticiones de establecer una territorialidad concreta en Palestina que llevase añadida

¹⁵ Chaim Azriel Weizmann, (1874- 1952), primer presidente del Estado de Israel. Dirigió durante décadas la Organización Sionista Mundial. tomó parte en las negociaciones en torno a lo expuesto en la Declaración Balfour que proponía la formación de una nación para el pueblo judío en las tierras de Palestina.

la posibilidad de libre entrada de judíos, pudiendo estos labrarse su propio futuro en su país. Con ello también se ponían las bases para constituir un gobierno. Esa nueva fundación era un “volver a casa”, es decir, ellos regresaron a la tierra de la que fueron expulsados, la tierra que fue su origen. En la carta se hablaba del estado como “hogar nacional”; este concepto creó cierto desasosiego porque, de un lado, implicaba que todos los judíos del mundo tenían un país aparte del propio de nacimiento; por otro, era un término algo abstracto lo que se estaba dejando escrito ya que se les entregó una división sin fronteras definidas, lo que les permitió continuar añadiendo territorios.

Los judíos sionistas se prepararon para dar el salto histórico: conseguir fundar su nación y saber cómo gobernarla y fortalecerla. Instauraron el hebreo como lengua común y oficial junto con el árabe. Con todo, no fue muy importante el movimiento de judíos hacia Israel que se produjo. El sionismo siguió sin convencer a los propios judíos.

La conferencia de Biltmore se celebró del 6 al 11 de mayo de 1942. De ella resultó el Programa Biltmore. En él se reiteraba la demanda sionista de permitir inmigración judía a Palestina sin restricciones. Fue el primer encuentro en que sionistas y no sionistas compartieron espacio para llamar públicamente al establecimiento de una Commonwealth judía. Los principales aspectos tratados fueron:

- Agradecer la devoción con la que EEUU y el resto de las Naciones Unidas se habían dedicado a buscar la libertad y la justicia internacionales, y expresar la fe en la victoria de la humanidad sobre la ilegalidad y la fuerza bruta.
- Ofrecer un mensaje de esperanza y coraje a los amigos judíos en los guetos y campos de concentración de la Europa conquistada por Hitler, acompañándolos con sus oraciones para que la hora de su liberación estuviese cerca.

- Enviar su saludo más caluroso a la Agencia Judía en Jerusalem y a todo el Yishuv¹⁶ en Palestina, expresando su profunda admiración por lo conseguido a pesar del peligro y las dificultades.
- Destacar el hecho de que el pueblo judío tuvo que construir un hogar nuevo casi desde cero, plantar fruta en eriales y hacer florecer en el desierto. Quedaba en una página notable de la colonización todo el esfuerzo invertido en agricultura, industria y cooperación.
- La importancia de compartir esos nuevos valores con los vecinos árabes. El pueblo judío daba la bienvenida a los avances económicos, culturales y nacionales del pueblo árabe, sirviendo esto como deber judío de redención nacional.
- Reafirmar el propósito original de la declaración Balfour y el mandato que reconocía la conexión del pueblo judío con la tierra de Palestina. Afirmar el completo rechazo al White Paper de mayo de 1939, y negarle cualquier validez moral o legalidad alguna. La política que dictaba era cruel e indefendible en su rechazo a los judíos que huían de la persecución nazi. Se debían abrir las puertas de Palestina y que la Agencia Judía tuviese el control de la inmigración, así como la necesaria autoridad para reconstruir el país, incluidos los territorios desocupados y sin cultivar.
- El deber de reconocer el derecho que tenía el pueblo judío a participar en la guerra en defensa de su país y su gente mediante una fuerza militar judía bajo bandera propia y bajo mando de Naciones Unidas.
- Mientras el problema de los judíos sin hogar no fuese resuelto, no podía establecerse, en términos de paz, justicia e igualdad, un nuevo orden mundial.

¹⁶ La comunidad hebrea que vivía en Palestina antes y después de la fundación del Estado de Israel.

El primer impulso de David Ben Gurion al ser elegido Primer ministro del primer gobierno israelí se dirigió a tratar de no convertir el país en un Estado dependiente de la religión. Con todo, tuvo que contar con el apoyo del partido ortodoxo para poder sacar adelante sus planes. Sus primeras disposiciones fueron: que el gobierno haría todo lo posible por asegurar que las demandas religiosas en materia de estados civiles (matrimonios, divorcios y conversiones) fuesen respondidas convenientemente; que todas las cocinas ubicadas en edificios estatales tendrían comida kosher; que se instauraba el Sabbat como día de descanso judío; y que habría autonomía en la educación y el Estado no intervendría en la educación religiosa, pero que pediría y regularía un currículo mínimo de materias seculares como ciencias, gramática e historia.

6. UN PUEBLO SIN PAÍS Y UN PAÍS SIN PUEBLO. EL PARIA CONSCIENTE Y EL JUDÍO ADVENEDIZO

Hannah Arendt fue tremendamente beligerante con algunas actitudes de los judíos, como su conducta secular. Una y otra vez les recriminó su afán por diluirse entre la masa que los acompañaba. Los judíos habían pertenecido a todas las naciones. Habían llevado a cabo su existencia en cualquier lugar. Su vida se dividía en una serie de etapas muy características: nacer, emigrar, sufrir el infierno, ser rescatados y temer el futuro. El optimismo y el buen humor quedaban ya fuera de este ámbito tan sombrío. El futuro se esperaba con temor y ese miedo se materializaba en un puente, un veneno o una cuerda, que servían para terminar de una vez con la incertidumbre. Ella se interesó principalmente por esa falta de ética, ese desmoronamiento moral que el régimen nazi provocó entre los propios judíos, entre opresores y oprimidos. Arendt no acusaba en vano, no poseía un temperamento veleidoso con el que analizaba las dimensiones de la Shoá. Su opinión brotaba de la raíz misma de su pensamiento filosófico y político. Era un pensamiento radical que abogaba por el rechazo a obedecer frente a ser rebelde, no cooperar, pero en cualquier circunstancia y por cualquier persona. Hubiera visto bien incluso la cooperación pasiva. Hablar del comportamiento de los Judenräte le daba pie a explicar cómo veía ella el carácter del judío. Por un lado, la caracterización del judío advenedizo y, por el otro, la del paria consciente.

Arendt tuvo claro que, si uno no poseía una delimitación nítida de su condición en el mundo, entonces la integridad y la moral no encontraban suelo fértil en el que germinar. Reprochó la falta de arrojo para combatir esa dificultad y limitarse al intento de cambiar lo que se es. Así, el perseguir una nueva existencia encontraba la mayor de las dificultades, «como una nueva creación del mundo» (Arendt 2015,11). Impostando la condición de neófito mostraba a todos el anhelo de no ser judío. Ese era el recorrido del asimilacionista. El notable judío privilegiado se esforzaba por respetar las reglas impuestas por otro y salir airoso de cualquier situación. Ese otro era la sociedad que lo estigmatizaba. El concepto de la asimilación pesó como una losa en el pensamiento de Arendt. Aprender a ser alemana, parecerlo siéndolo, era el absurdo más absoluto. Se era judía alemana si uno se esforzaba para que su vida se ajustase a los patrones germanos. Daba igual si la familia era alemana de cuarta, quinta o infinita generación. Un judío –

nos dice Arendt- sería alemán con voluntad o no lo sería nunca, quedando solo visible su judeidad. La consecuencia más notoria de este aspecto es que tan denodado esfuerzo sería hecho en cualquier otra sociedad en la que se hubiese que encajar, intentándose disimular, en lo posible, la mella que tanto cambio podría dejar en su verdadero yo.

Nuestra lealtad de hoy, de la que tan frecuentemente se sospecha, tiene una larga historia. Es la historia de ciento cincuenta años de judíos asimilados que lograron una hazaña sin precedentes: aun probando todo el tiempo su carácter no judío, consiguieron continuar siendo judíos a pesar de todo. (Arendt 2015, 13)

La cuestión era la siguiente: querían dejar de ser judíos, dejar de lado un «estigma imaginario» (Arendt 2015, 13). Imaginar nuevas incursiones en naciones diferentes acababa por parecer un capricho de niño consentido que, las reglas del juego, abandona con una rabieta. Para la filósofa, la conclusión a este panorama fue que el judío había sido capaz de todo con tal de ser aceptado por los demás. El peligro con el que había de enfrentarse en su representación era el de seguir siendo distinto. Por eso la discriminación destacó como un arma de destrucción más infalible que una bala. Si tu prójimo no te reconocía los mismos derechos que él poseía, tu figura y tu humanidad se desvanecían. He aquí que el judío advenedizo se redujo a la expresión de fallidos intentos de asimilación y emancipación; sus mayores ambiciones: la económica y la negación de su origen judío. Para Arendt, la condición de judía le vino dada en el nacimiento, no pudo escoger. Para ella representó siempre el aspecto más político de su vida. Fue lo que influyó en su forma de pensar y posicionarse frente al mundo. Eso que le fue dado estaba cebado de exclusividades, en una mezcla intransferible y totalmente original. Ocurría lo mismo con quien caminaba a su lado, de ahí que no fuesen más que nadie, y viceversa.

El exilio mismo se había tomado como algo mítico, como una acción a realizar y no como un sufrimiento que solo se padece. Un camino hacia la revelación mesiánica. Cuando esta interpretación cayó en desuso, la cuestión se volvió nuevamente hacia el papel que se jugó como sujeto inactivo que solo se limitó a sobrevivir. Ese pensamiento era como un clavo al que se agarró el judío asimilado: apartar el elemento mesiánico y mantener el mito del exilio y el pogromo. O incluso visitando los salones antisemitas. La esperanza en un nuevo camino, una fundación de Sión, no entraba en sus planes. La diáspora era un escenario fatuo y eterno, su sino. Solo quedaba pues diluirse en el espacio

en que vivían. Hannah Arendt lamentaba que quienes, como ella misma, no optaron por asemejarse social, política y legalmente con los demás, sufriesen peores avatares en la vida. En el Berlín de entreguerras hubo una generación que ansiaba olvidar sus orígenes y su condición de judíos. Pretendieron creerse alemanes con todos sus derechos. Los hubo que incluso celebraban las navidades porque lo hacían los alemanes.

La obra de Arendt *Rahel Varnhagen: la vida de una mujer judía* la definió como judía que vivía en un continuo debate interno que la conducía del orgullo al desencanto. Lo mismo que le ocurría a su personaje, que transitaba sin reflexión de la emancipación a la asimilación. Reflejaba el mundo tal cual era, así como los esfuerzos del paria por transformarlo en un mundo mejor. Comprendió Arendt el íntimo ímpetu de una mujer del siglo XIX empeñada en conseguir un lugar en la sociedad de su época a pesar de su origen. Ese judaísmo de Varnhagen lo definió como «[...] un destino que no ha sido liberado del castillo encantado.» (Adler 2019, 94)

Hay un episodio en la historia de los judíos modernos que refuerza el papel del ser humano judío que habitaba el mundo en convivencia con quienes no lo eran: el caso Dreyfus. El antisemitismo que sube violentamente a la superficie, ese es el mejor envite para que, de una vez por todas, un judío fuese consciente de sí mismo y su circunstancia en lugar de esconder esa característica definitoria, o pretender abandonarla cayendo en otras para ser parte de la mayoría. Hubo quienes sintieron que su lucha había comenzado y querían ir tras la respuesta a una duda fundamental: por qué se les odiaba. Uno de ellos, quizás el más importante, fue Bernard Lazare¹⁷. Él fue el único que, frente a un escándalo de las dimensiones de aquel, mantuvo honorablemente su postura como judío consciente.

La actitud de aquellos pocos a los que, siguiendo a Bernard Lazare, podríamos denominar «parias conscientes» es tan difícil de explicar, si recurrimos únicamente a los últimos acontecimientos, como la actitud del señor Cohn, quien trataba de ascender por todos los medios. [...] La historia judía moderna, que comenzó con los judíos cortesanos y siguió con los judíos millonarios y filántropos, podría olvidar esa otra corriente de la tradición judía: la de Heine, Rahel Varnhagen y Scholem Aleijem, de Bernard Lazare y Franz Kafka, o incluso de Charlie Chaplin. Se trata de

¹⁷Nacido en Francia en 1865. Judío no creyente ni practicante, pero conocedor y partícipe de las fiestas y tradiciones de su pueblo. En 1894 publica su obra más famosa: *El antisemitismo. Su historia y sus causas*. Un acontecimiento como el juicio al militar judío francés, Alfred Dreyfus, acusado de traición le hace ser consciente de la persecución y el prejuicio arraigados contra el pueblo judío.

la tradición de una minoría de judíos que no han querido convertirse en advenedizos, que han preferido el estatus de «parias conscientes». (Arendt 2017, 35)

Las voces que se alzaban pidiendo la muerte de los judíos se oían alto entre el gentío. Fue entonces cuando Lazare se reconoció a sí mismo como paria.

El aspecto del sionismo que aquí nos interesa recibió su mejor expresión en los escritos del gran escritor judío francés Bernard Lazare. Lazare quería ser un revolucionario dentro de su propio pueblo, no entre los otros, y no podía hacer lugar alguno al movimiento esencialmente reaccionario de Herzl. (Arendt 2015, 69)

El antisemitismo lo convirtió en lo que nunca antes sintió que era. Además, pudo comprender que asimilarse no era ni suficiente ni correcto. Solo la igualdad social, legal y moral dignificarían su vida como judío. Sin duda, aquel escenario era la lógica consecuencia de la actitud de los gentiles, pero no lo era menos de la de los judíos: el pago merecido a la manera de afrontar su destino. Afirmaba Lazare en *L'Écho Sioniste* el 21 de abril de 1901

[...] Como todos los judíos emancipados en todas partes, han roto por propia voluntad todos los lazos de solidaridad. De hecho, llegan a tal extremo que, a cambio de las tres docenas, más o menos, de hombres en Francia que están dispuestos a defender a uno de sus hermanos martirizados, puedes encontrar varios miles dispuestos a montar guardia en la Isla del Diablo, codo con codo con los más furibundos patriotas del país. (Arendt 2015, 57)

La figura del paria moderno, personificada en el judío del XIX, cobraba todo su sentido porque una élite judía se encargó, y lo hizo durante siglos, de contener a los desfavorecidos de su pueblo mediante la caridad y la limosna. Los círculos de poder condicionaban toda la vida de sus correligionarios: prohibían y permitían, apoyaban o humillaban, todo según su conveniencia. Junto con Theodore Herzl¹⁸, Bernard Lazare recorrió un camino en paralelo que más tarde se quebraría por la forma de entender cada uno la solución a esa configuración de gueto en que se arrojó al pueblo judío. Quedaba

¹⁸ Nacido en 1860, judío-alemán como la propia Arendt, interesado en todo lo que tiene que ver con la política y la identidad judías sin dejar de ser consciente de su identidad germana. De ser un nacionalista alemán beligerante pasa a ser consciente de su compromiso con el ideal sionista al enterarse del caso Dreyfus. Observa de primera mano la falta de consideración con el acusado por parte de los propios franceses solo por el hecho de ser judío. Confiaba en que el progreso ayudaría a la consideración del judío como un igual, y vio claro que la formación de un Estado en el que el pueblo judío pudiese vivir sería un avance muy importante.

claro que el enemigo no fue solo el gentil del exterior, dentro de su propio pueblo también tenían contra quien luchar.

Theodor Herzl fue el fundador del Sionismo.

El segundo factor responsable del ascenso del sionismo fue de naturaleza exclusivamente judía: se trataba de la aparición de una clase completamente nueva en la sociedad judía, los intelectuales, de quienes Herzl se erigió en el principal portavoz y a quienes él mismo calificó de clase de los «intelectos promedio (*durchschnittliche*)». Esos intelectuales se asemejaban a sus hermanos dedicados a ocupaciones más tradicionales en la medida en que también ellos estaban completamente desjudaizados en lo cultural y religioso. (Arendt 2015, 67)

Hannah Arendt le atacó sin remilgos por entender que pretendió hacer que el antisemitismo se convirtiera en una opción eterna que les definiera para siempre. Él llegó a declarar que una nación era un grupo histórico de hombres mantenidos por el vínculo de poseer un enemigo común. Entendió el exilio como el “hogar ancestral” del judío. Le ocurrió como a Lazare, el antisemitismo que respiró le impulsó a fortalecer su condición de judío exiliado, paria; y, como este también, nunca fue un judío religioso.

Ambos estaban a años-luz de aquel gueto espiritual que había conservado de la vida del gueto todo menos su repliegue interior. Y, sin embargo, ambos eran su producto natural; era ese gueto el lugar del que ambos habían escapado. (Arendt 2015, 55)

La lucha de Herzl fue también la que guió a Bernard Lazare: constituir una nación judía, un sentimiento común. Formando parte ambos del comité ejecutivo de la Organización Sionista, se abrió una brecha entre los dos que duraría para siempre. Herzl apoyaba sin reservas la huida y construcción de una patria.

Por muy justificada que haya estado la exigencia por Herzl de un Estado judío en su propia época, su manera de promoverlo hizo gala de la misma carencia de realismo que en otros aspectos. El oportunismo con que llevó a cabo sus negociaciones a tal fin nacía de una concepción política según la cual los destinos de los judíos no guardaban conexión alguna con los destinos de las otras naciones [...] (Arendt 2015, 72)

Su concepción del mundo consistía en dividir la Humanidad entre judíos y antisemitas. Pensó con una ingenuidad casi infantil que sus más fieles apoyos vendrían

de esa parte antisemita cuyo odio les conduciría a sostener la creación de un país para los judíos. Respaldarían con vehemencia el éxodo de aquel pueblo errante a su nueva tierra.

Cierto que sus frecuentes llamamientos a los «antisemitas sinceros» a «suscribir pequeñas cantidades» del fondo nacional para la creación de un Estado judío no eran muy realistas; e igualmente irrealista era cuando los invitó, «preservando su independencia, [a] unirse a nuestros funcionarios para controlar el traslado de nuestras propiedades» desde los países de la diáspora hasta la patria judía; y sostenía con frecuencia, con toda candidez, que los antisemitas serían los mejores amigos de los judíos y los gobiernos antisemitas sus mejores aliados. (Arendt 2015, 63)

Lazare inclinó su razón hacia su ideal de hermanamiento como nación social, igual y política cuya consecuencia natural *a posteriori* sería la posesión de un territorio como Estado. Sin embargo, las tesis de Herzl fueron apoyadas por la mayoría de los judíos alemanes y austriacos en aquel comité. Su oponente no encontró el apoyo de los judíos franceses o de los del resto de Europa.

Hannah Arendt reflejó sin complejos sus opiniones sobre Theodore Herzl. Se refirió a sus ideas con cierto tono irónico, culpabilizándole de engrosar las filas de los chauvinistas judíos. Por ello fue duramente interpelada por otros judíos, como Ben Halpern, llegando a ser tachada de “colaboracionista”. Ella contestó con desgana a tales acusaciones. Más tarde, en la década de los setenta, se enfrentaría a una crítica mucho más agria y cruel por sus opiniones acerca de Adolf Eichmann en el reportaje que realizó sobre su juicio. Era una mujer valiente a la que nadie consiguió callar. El mejor ejemplo que Arendt dio de su orgullo de ser judía y sentirlo, fue la dignidad, naturalidad y responsabilidad que mantuvo respecto a sus orígenes con sus actos y su conducta. Uno de esos gestos fue el de no renunciar nunca a su apellido. Trabajó como voluntaria con las iniciativas sionistas que se llevaban a cabo en Francia, y fue encerrada en Gurs por ser judía. Ella, paria consciente, huía de estructuras, jerarquías o cualquier escala que colocase a alguien por encima de otra persona. Estando libre de ataduras, decía, se podía decir lo que se piensa y no tener deudas intelectuales o morales con nada ni nadie. La emancipación hubiese supuesto dejar de ser ella misma. Su razonamiento fue perfectamente lógico y sencillo de entender: una persona que quiere asimilarse a una sociedad antisemita, tendrá que convertirse en antisemita también. Pretender ponerse en

el lugar de los gentiles para hacer lo que ellos consideraban lo correcto hacía de los judíos el personaje perfecto que siempre supo representar.

7. EL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ: UN PANORAMA PRESENTIDO

Desde la fundación del Estado de Israel ha habido una presencia constante de la Shoá. El concepto de lo que pretendía ser la patria judía no podía desgajarse de lo que significaba aquella herencia de muerte y aniquilación. Como en otros aspectos dentro de la política, mantener un tema continuamente en el ambiente depende solo de si el momento lo requiere. Unas veces se sacude con fuerza, en otras se guarda bajo la alfombra. Así ocurre con el Holocausto y los israelíes. La aparición de las víctimas de la Shoá se convierte así en intermitente. Se invoca Auschwitz como el mal absoluto cuando la atención tiene que centrarse sobre un problema de seguridad nacional o, también, un argumento que se esgrime por sorpresa y deja fuera de juego al oponente. Es el tema comodín, el as en la manga.

Hay tres momentos en la historia del pueblo judío que marcan el camino histórico que han recorrido como agentes de su propio devenir, son episodios en que la lucha se ha mantenido contra el enemigo, aunque el enemigo no fue siempre el alemán o el árabe: la batalla de Tel Jay, la rebelión del gueto de Varsovia y el asesinato de Isaac Rabin. Cuando el sionismo alcanzó cotas de popularidad, todo aquel que se rebelaba contra la opresión, viniese de donde viniese esta, se le adjetivaba como sionista. Los judíos europeos que cayeron en manos de los nazis no se rebelaron. Desde el nuevo Israel se les veía de distinta forma. No eran los judíos nuevos, responsables de un hacer crecer la vida y la prosperidad en un territorio acotado en principio, pero que ellos ya se encargarían de abrir a la infinitud. Esto llevaba a repudiar en cierta forma el comportamiento servil y manso que el judío del exilio representó. Para las nuevas generaciones la Diáspora era vista como una masa opaca, pétrea e implorante compuesta por pueblos ciegos que eran engañados y quedaban presos en trampas sin salida. En ese recién estrenado Eretz Israel nadie osó levantar la voz para pedir explicación sobre esa actitud, con qué derecho juzgaba el judío palestino al judío europeo en su comportamiento en las fábricas de la muerte. Por eso se necesitaba con urgencia unir de algún modo ambos destinos: el del judío asesinado por serlo y el judío libre en la Tierra prometida; la “ausencia de mundo” – en palabras de la propia Hannah Arendt – frente a la liberación. David Ben Gurion fue de los primeros en rastrear el terreno y darse cuenta de que, si algo necesitaba el pueblo judío, era un motivo para emprender la lucha por su tierra sin caer

en el desencanto. Además, se precisaba hacer frente a cierto pesimismo y temor ante la desigualdad numérica respecto a los árabes que les podía avocar a un desastre. Por esto, la lucha incesante por el derecho a una patria se identificó con los combates de resistencia que se dieron en el gueto de Varsovia. De pronto todo se veía claro: los judíos, más que nadie en la Tierra, tenían derecho a un país porque habían sufrido lo que nadie antes sufrió. Se les recompensaba así, se reparaba una injusticia. En correspondencia, el crear un espacio propio y definitivo en la tierra de sus ancestros era la mejor forma de dar sentido a la muerte de seis millones de personas.

No podemos olvidar que, mientras los insurrectos daban sus vidas sin conseguir ningún objetivo en el gueto, en Palestina ya se encontraban los judíos que perseguían la formación de su patria, de la mano aún de una potencia imperialista como Reino Unido. Los judíos polacos luchaban sin esperanza asediados por los soldados nazis; los judíos de Palestina tenían ante sí la oportunidad de alcanzar un anhelo de siglos. Aquellos héroes insurrectos debieron de sentir toda la soledad del mundo sobre sus hombros teniendo conciencia de que desde esa lejana patria judía nadie era capaz de mover un dedo por ellos. El único acto del que fueron capaces en aquella tierra fue el ensalzar el episodio hasta convertirlo en una hazaña triunfal construida a medida de la necesidad que tenían. Los que posteriormente fueron llevados a Palestina sintieron que lo que allí se contaba sobre la batalla vivida en Europa nada tenía que ver con la realidad. El Estado de Israel recién nacido debía superar la ineptitud de referirse a Auschwitz, de personificar a los asesinados y devolver la voz a los supervivientes de la aniquilación. De lo contrario, no habría ninguna honestidad y ninguna credibilidad. Como no se dieron más insurrecciones quedó el episodio como ejemplo de heroísmo sionista. Había que nacionalizar el relato, porque podía ser un tanto a su favor mientras la nación se formaba y el sionismo se abría paso.

Marek Edelman – líder de la insurrección de Varsovia y futuro aliado del Partido Socialista polaco – rechazó durante toda su vida que la creación del Estado de Israel diese algún sentido *a posteriori* a la Shoá. Sin embargo, cualquier intento de quebrar la versión oficial nacional-israelí era desautorizada.

Cuando al Exodus – barco que conducía a judíos europeos a Israel – el propio Ben Gurion le negó cualquier posibilidad de quedarse en cualquier país antes de llegar a Palestina (Inglaterra y Dinamarca se ofrecieron a acogerles) y tuvieron que regresar a Alemania y ser de nuevo incorporados a los campos de concentración, había conseguido otra victoria para su gobierno y frente a la opinión pública de su nuevo país. Como afirmó Leon Blum en *Le Populaire* (26 de agosto de 1947): «Los pasajeros del Exodus no son mercancías que los estibadores puedan pasarse de mano en mano y descargar indiferentemente en un muelle o una estación. Son seres humanos, seres libres.» Se daba la ecuación del terror: cuanto más tormento, mayor efectividad política. Lo importante era convertir el acontecimiento en un símbolo y una herramienta de su lucha por el Estado judío, por eso les convino más que los pasajeros siguieran siendo prisioneros, así servían para algo. El capítulo del *Exodus* se cerró cuando otro asunto reclamó la atención de la élite política y militar del nuevo Israel: la lucha por los territorios palestinos.

Cuando un pasado marca tanto el avance de un pueblo, de un conjunto de seres humanos, si no se permite el olvido, no recorrerá ninguna distancia hacia su nuevo porvenir. La memoria es necesaria, descartar lo pésimo también. Cuando se funda Israel hay relatos que quedan olvidados y otros que logran sobrevivir y que vienen a orientar la identidad nacional que se está construyendo. En ocasiones, son relatos distintos los que luchan por hacerse un sitio en la historia de esa construcción, pero hay que estar alerta porque según se escojan unos u otros puede resentirse su estatus de verdad o falsedad. Será un grupo privilegiado el que cifre ese encadenamiento de avatares del que resultará el engarce mítico de la creación de ese Estado, religión, ideología, etc. Idith Zertal lo expone así: «La trayectoria de Israel (durante la Guerra de los Seis Días) vio la transformación de una sociedad colectivista y laica [...] en una comunidad étnica dotada de características religiosas y mesiánicas.» (Zertal 2009, 164)

Con motivo del enfrentamiento en Palestina, en 1948, se pidió a Europa que regresasen los jóvenes aptos para empuñar un arma. Volvieron, el mismo día muchos de ellos dejaron su vida en una lucha ajena frente a un enemigo al que no habían tenido tiempo de aborrecer siquiera. Cuando surgió la oportunidad de reconocer a antiguos nazis para detenerlos y juzgarlos en el nuevo país, que reclamaba su derecho a ello, el hecho de formular leyes para el castigo de los criminales y sus colaboradores fue visto como algo

natural. La primera ley fue la de 1950 sobre la prevención y la sanción del crimen perpetrado por los nazis. Fue acompañada de otra que también pretendía penalizar el comportamiento de otros judíos supervivientes de la Shoá. No se sostuvo que el comportamiento de los nazis se quisiera equiparar al de los pobres, mujeres y hombres, que fueron sometidos a extrema coerción. Acusarles de crímenes contra la humanidad sería un absurdo. Hacer de Israel el lugar donde todos los crímenes cometidos por los alemanes debían ser juzgados, lejos de parecer lo justo, devaluó y banalizó la Shoá y los crímenes como tales. Se emitía un juicio sobre el pasado - «jamás olvidaremos, jamás perdonaremos» -. No cabía duda de que se quería arrojar sobre esos supervivientes acusados por una minoría, las fechorías de los verdaderos culpables – los nazis - a los que ya no se podría denunciar. Como afirma Idith Zertal: «Los judíos que no habían vivido en la Europa ocupada juzgaban a judíos que sí habían padecido esa experiencia, supuestamente en nombre de otros judíos originarios de “allá” y organizaban juicios que eran purgas, en todos los sentidos de la palabra». Como prueba de lo incoherente del asunto decir que se basaron en la misma ley para juzgar a Adolf Eichmann que para los judíos denunciados.

Mucho más adelante en el tiempo, durante la primera Intifada¹⁹ los historiadores hicieron una llamada de atención, lúcidamente, sobre el continuo uso de la Shoá como excusa para todos los movimientos que el ejército israelí llevaba sobre los territorios palestinos. Aquella agitación fue la consecuencia de la frustración acumulada por la población palestina. El historiador y filósofo judío Yehuda Elkana afirmó que lo acontecido en Alemania podría ocurrir en cualquier lugar, incluso en Israel. Él sostuvo que el pueblo de Israel mantenía una hermenéutica de la Shoá que le colocaba aún como víctima del resto de la Humanidad, y con ello, lo más lamentable era que Hitler había ganado la batalla. El odio seguía causando furor, según la versión oficial, el judío continuaba su periplo como víctima eterna. Solo habría solución a esto si el mundo no

¹⁹ Primera Intifada-1987/1993 (Arabic: انتفاضة intifāḍah “Agredir, agitar”) Lucha nacida del atentado mortal contra cuatro trabajadores palestinos en un campo de refugiados, Yabalia. La Intifada se mantiene en el tiempo por la creación de un mando único nacional (MNU). La opresión sobre el pueblo palestino a raíz de la implantación de la política del “puño de hierro”, llevada a cabo por el gabinete de Simon Peres, hizo que la lucha traspasase la frontera de Líbano. El pueblo palestino se sintió solo ante Israel después de contemplar cómo Egipto firmaba la paz con los judíos en 1979.

olvidaba el horror, pero Israel dejaba de usarlo como cristal a través del que contemplar el mundo.

El factor político y social más profundo que motiva a gran parte de la sociedad israelí en sus relaciones con los palestinos no es la frustración personal, sino una profunda "Angustia" existencial alimentada por una interpretación particular de las lecciones del Holocausto y la disposición a creer que todo el mundo está en nuestra contra, y que somos la víctima eterna, y en este sentido había llegado a la conclusión de que se trataba de "la trágica y paradójica victoria de Hitler.(Elkana, 1988)

Para David Ben Gurion toda la construcción del Estado de Israel respondía a una misión metahistórica que desembocaría en una materialización gloriosa de un lugar bendecido por una antigüedad mítica, marcada por dos episodios: el éxodo de Egipto y la reunión en el Monte Sinaí. La Shoá no entraba dentro de ese pasado, ni sus desgraciados protagonistas tampoco. La cruzada sionista construyó un «monumento a la amnesia colectiva» (Zertal 2009, 171). Aquel "padre de la patria" utilizó sin problemas la ecuación árabe=nazi y no desaprovechaba la ocasión de echar mano de la Shoá como argumento para reclamar el derecho a tener armamento nuclear, haciendo hincapié en que cuantitativamente la población israelí era mucho menor que la árabe si decidían atacar juntos. Se equilibraba de esta forma la desigualdad entre el pueblo judío palestino y el mundo árabe.

En esa década tan revolucionada en el próximo oriente, el juicio a Adolf Eichmann transformó completamente todas las imágenes de Israel. Se acentuó la santidad del ejército (algo ya advertido por Arendt); se le dio un nuevo valor a la lucha contra el enemigo árabe: se vengaba así la impotencia de los antepasados frente a los nazis. La defensa de la patria devino en misión sagrada. La muerte y la guerra se convirtieron en elementos inherentes al hecho de ser israelí.

Siendo conocedora de todos estos hechos, pues Hannah Arendt no perdió nunca de vista lo que acaecía en Israel. Muy crítica con el personaje político que fue Ben Gurion, siempre estuvo en contra de las opciones hegemónicas y de la reivindicación de un Estado judío mayoritario en Palestina. Luchaba por hacer entender que se precisaba amar a la Humanidad como conjunto de seres humanos, individuales, más allá de religiones, razas, géneros, etc. Amor al mundo frente al amor al grupo, al colectivo, al propio pueblo, el

amor a Israel. Cuando tuvo que enfrentar las feroces críticas a su obra *Eichmann en Jerusalén*, su diatriba con Gershom Scholem la condujo por los más oscuros vericuetos de la justificación. Finalmente optó por defender su opinión, tan válida como cualquier otra y más firmemente asentada que otras muchas. Scholem jugaba con el concepto de “*Ahavat Israel*”, el amor al pueblo judío, y le reprochó no encontrar en ella ese rasgo que todo judío de bien llevaba consigo. Arendt fue sojuzgada e increpada sobre sus sentimientos, origen, afectos e inclinaciones intelectuales. Ella, que seguía punto por punto una reflexión profunda de cada asunto, que dejaba que su mente radiografiara la realidad para ver sus más profundos significados. No se dejó llevar por la mera suposición, por el comentario simple que busca el asentimiento colectivo. Sus opiniones sobre Eichmann fueron unas de otras muchas sobre infinidad de temas por los que se sentía interpelada. Criticó aspectos de la nueva religión nacional-sionista de Israel y la sustitución del culto a Dios por el culto al Estado.

El peligro latente reside en que la religión – debido al desconcierto de nuestra época y a que nuestro concepto de gobierno no ha sido reexaminado a la luz de la secularización – puede convertirse en un medio para lograr fines políticos, esto es, en un instrumento coactivo de los gobiernos. (Arendt 2019, 169)

Hannah Arendt quería ser por encima de todo una observadora de la realidad que tenía lugar a su alrededor y reflexionar críticamente sobre lo que veía. Se si involucraba en ello no podría objetivar el acontecimiento. Afirmó con firmeza que sin oposición no se daba la democracia ni el patriotismo. Era necesaria una oposición leal. Esta postura fue la misma que utilizó respecto del sionismo. Ben Gurion lo definió como separatismo y poder. Arendt nunca estuvo de acuerdo con ese binomio. Arendt lo entendió como un movimiento que propugnaba la autodeterminación nacional de los judíos y mediante el cual se convertirían en sujetos activos de la historia. Tuvo un presentimiento acertado sobre el futuro del movimiento sionista: que el Estado judío destruiría la entidad palestina y que con ello pondría en peligro la existencia misma de la comunidad judía en Palestina. Un país cuya legitimidad emanaba de la situación previa de dependencia de una potencia extranjera, tendría mucho trabajo por delante para justificar su existencia. Así escribe en 1950:

Aun cuando el establecimiento de un Estado judío y el estallido de una guerra árabe-judía pueden resultar finalmente uno de los muchos episodios efímeros que

jalonan la desgraciada historia de un país que ha conocido tantos cambios de gobernantes y de fortuna, su lugar como punto de inflexión en la historia judía ya está decidido. (Arendt 2015, 102)

Si no eran capaces de establecer relaciones políticas pacíficas y estables con sus vecinos fronterizos, la situación se tornaría insostenible y peligrosa porque la estrategia militar centraría el pensamiento político y las necesidades que aquella tuviese determinarían cualquier desarrollo económico. Arendt encontró, entre todas las razones que Herzl desarrolló como plataformas para crear el Estado judío, una que destacó por su lógica sencilla y efectiva: los judíos querían ir a la Tierra Prometida porque, tras lo ocurrido en Europa con el resto de naciones, solo quieren estar entre judíos, «no es que se imaginen que allá estarán seguros; es simplemente que quieren vivir solo entre judíos, pase lo que pase.» (2015, 75)

Por eso, nunca se extrañó del rumbo que tomaron los acontecimientos y la clase de Estado en que se estaba convirtiendo Israel con su incapacidad para negociar, su inclinación a la defensa militar por encima de todo y la consolidación de un régimen teocrático liderado por los rabinos. Idith Zertal apunta:

Según Trevor Roper, los rivales y detractores de Ben Gurion respaldaban su iniciativa porque, como él, eran conscientes de la larga cadena histórica en la cual la destrucción de los judíos de Europa solo constituía un eslabón, y porque comprendían la exigencia de inculcar a los israelíes y al resto del mundo el sentido y la justificación de la creación y la existencia de Israel. (Zertal 2007, 191)

Al final de la Guerra de los Seis Días, la opinión que se quiso transmitir a los israelíes desde su propio gobierno fue que:

No habría habido refugiados judíos si Israel hubiese perdido la guerra – declaró el ministro de Asuntos Exteriores Aba Eban ante la Asamblea extraordinaria de la ONU tras la victoria de Israel –. Habría habido que sumar dos millones de cadáveres a los seis millones de víctimas de la Shoá. (2007, 201)

[...] los peligros que Israel había tenido que afrontar y que seguían amenazando el país eran de naturaleza y alcance esencialmente nazis, y toda amenaza militar, real o aparente, contra el joven Estado equivalía a una nueva Shoá. (2001, 204)

Hannah Arendt acertó cuando se refirió al victimismo judío como rasgo central de su carácter. Continuaban sospechando que el resto del mundo iba contra ellos. El antisemitismo regresaba para ocupar el centro visceral del sentir judío. La Guerra de los Seis Días sin duda fue la más corta que batalló Israel, pero también la más duradera en su historia, puesto que su eco sigue resonando.

Además, si los sionistas siguen desdeñando a los pueblos mediterráneos, preocupándose únicamente por grandes potencias lejanas, se arriesgan a ser vistos como los instrumentos de estas, los agentes de intereses extranjeros y hostiles. Conociendo su propia historia, los judíos deberían tomar conciencia de que tal situación solo puede suscitar una nueva oleada de odio antijudío; los antisemitas del mañana. (2015, 276)

Hoy en día, gracias a la apertura de archivos que permanecían clausurados, se tiene claro que Israel jugó un papel decisivo en el tiempo previo a la guerra provocando o buscando un desenlace como el ocurrido, y acelerando la construcción de un arsenal nuclear (por si era necesario utilizarlo). Arendt recoge en su obra *Sobre la violencia* la siguiente sentencia emitida por otro autor, Bertrand de Jouvenel: «Para quien, contempla el despliegue de las épocas la guerra se presenta a sí misma como una actividad de los Estados que pertenece a su esencia.» (Arendt 2005, 49).

Hannah Arendt lucha por distinguir violencia, de poder. Basándose en tesis esgrimidas por infinidad de autores llega a una conclusión tremendamente importante: el deseo de obedecer y el de ser dominado están fuertemente arraigados en la psicología humana. Esto da una vuelta de tuerca a la significación del poder en la filosofía política: a toda voluntad de poder le pertenece su correspondiente voluntad de sumisión: «Una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos.» (Arendt 2005, 57)

El recuerdo de lo ocurrido en Alemania fue blandido hasta la saciedad para convencer al pueblo de las intenciones aviesas del presidente egipcio Nasser²⁰ “las

²⁰ Gamal Abdel Nasser Hussein, (1918-1970) Militar egipcio y líder político, conocido impulsor del panarabismo y del socialismo. Presidente de Egipto desde 1954 hasta su muerte en 1970. En la Guerra de los Seis Días (junio de 1967) el ejército egipcio, coordinado con los de Siria y Jordania - la «coalición

maquinaciones de un nuevo Hitler” se llegó a decir insistiendo una y otra vez en la posibilidad de un nuevo Holocausto provocado por los árabes. A fuerza de reiterarlo, la fórmula dio sus frutos y se vieron respaldados moral y socialmente cuando bombardearon Egipto y Siria. La forma en que se sumaron información, miedo, respeto y sumisión a una causa facilitaron la creencia en que su causa era la más justa de todos los tiempos. Fueron las élites gobernantes las que articularon el discurso y manejaron a la masa que, pese a ser un colectivo, puede llegar a temblar como una hoja. A la manipulación del que estaba por encima, le respondió rápidamente la reacción espontánea e inconsciente del populacho. En ese tiempo, Israel era el perfecto caldo de cultivo para replicar así.

Había pasado el empuje y el arrojo de los primeros tiempos fundacionales bajo el mando de Ben Gurion. Levi Eshkol²¹, primer ministro y ministro de Defensa, se enfrentaba a la crisis del paro, el descontento y la agitación social. Se añadió un factor decisivo: la alta inmigración hacia Israel. Lo que siempre constituyó un pilar de la vertiente sionista, ahora se convertía en un problema. El primer ministro dimite y Mosé Dayan acepta el cargo comenzando un camino que, en *Le Figaró*, se definió como “De Auschwitz al Sinaí”. La victoria de la guerra no sirvió de calmante para los ánimos exaltados. Inexplicablemente lo que ganó la guerra fue la expiación de la Shoá. La consecuencia que se extrajo fue que cada territorio conquistado, cada enfrentamiento con la bestia Nasser-Hitler, rendían homenaje al Holocausto, a los muertos que no pudieron ver la victoria, al fin, del pueblo judío. Los editoriales de los periódicos, como el de *Yediot Ajaronot*, sirvieron en bandeja de plata la confirmación de que esa victoria podía verse como si los judíos hubieran vencido a Hitler: «[...] el Estado de Israel no ha sido aniquilado y sus habitantes no han sufrido la masacre ni la tortura de las cámaras de gas y los hornos crematorios.» (Zertal 2005, 220)

árabe»- fue derrotado por tierra y aire por Israel, lo que supuso el principio del declive de Nasser y, en general, del nacionalismo árabe.

²¹Levi Eshkol -líder sionista laborista y tercer primer ministro del Estado de Israel. Sucedió a David Ben Gurion en el gobierno del país. Realizó la primera visita oficial de un primer ministro israelí a Washington. La Victoria judía en la Guerra de los Seis Días fue el gran momento de su trayectoria política. Tras este acontecimiento, el general Moshe Dayan tomó el control del gobierno y Eshkol renunció. Se formó un gobierno de coalición que contó con el líder de la oposición Menachem.

Así, de nuevo, se prostituyó un acontecimiento tan indescriptible como Auschwitz. Parecía que su contenido había sido entendido gracias a esta situación como si cada israelí hubiera padecido por un momento en carne propia todo el escarnio del Lager. Ya se podía decir que la judería europea y los judíos de Israel habían saldado deudas. Unos habían vencido, los otros no, pero podían tomar prestada esa victoria. Se banalizaba Auschwitz, y ahora en su sentido literal, no arendtiano. Hannah Arendt, en 1947, parece otear que oscuras fatalidades se ciernen sobre Israel:

Los judíos “victoriosos” vivían rodeados por una población árabe totalmente hostil, encerrados en unas fronteras permanentemente amenazadas, absortos en su autodefensa física hasta el punto que ahogaría todos los demás intereses y actividades. [...] el pensamiento político se centraría en la estrategia militar. [...] sus relaciones con el mundo se harían problemáticas. [...] De este modo se pone de manifiesto que en este momento y bajo las circunstancias actuales un Estado judío solo puede edificarse en detrimento de la patria judía. (Arendt 2015, 88-89)

Arendt reflexionó sobre la construcción de un país que reunía dos problemas en su misma esencia: estar configurado por un pueblo errante, y en constante exilio, e iniciar su aventura como nación en un lugar ocupado por otro pueblo y que los judíos reclamaban como suyo por estar indicado así en el Antiguo Testamento. Había demasiado optimismo en el ambiente, se sobrestimaba la capacidad del propio ideal. Tenían unos límites y no supieron reconocerlos. Desde que Herzl fundase el movimiento sionista, siempre se habían conducido por una huida irresponsable de cualquier derivada política. Ella sumó ambos aspectos y extrajo una serie de premisas cuyo cumplimiento era casi imprescindible para llegar a buen puerto con la tarea que se iniciaba en Oriente próximo. En primer lugar, si los judíos querían consolidar la patria judía debían evitar la tentación de sacrificar eso por una pseudosoberanía de un Estado judío; segundo, la independencia de Palestina también estaba en juego, por eso había que apoyarla estableciendo una sólida cooperación judeo-palestina. En tercer lugar, eliminar a cualquier grupo terrorista que surgiese y castigar de forma inmediata sus acciones. En último puesto, se debería favorecer la implantación de gobiernos locales y consejos mixtos judeo-palestinos. Ninguno de estos objetivos se cumplió entonces, ni en los restantes casi cien años de existencia de Israel. A pesar de hallarse lejos, ella nunca dejó de interesarse por lo que

ocurría en esa parte del mundo. Y estaba aterrorizada por la posibilidad de que ocurriese otro exterminio, esta vez de la mano del mundo árabe.

El comportamiento de la población judía, principalmente su ejército y fuerzas armadas, ha sido siempre primera página en las noticias. Hay numerosos testimonios que dejan a ciertos judíos como dignos discípulos de maestros nazis a la hora de ejercer la violencia contra sus vecinos árabes. Incluso el relato en sede judicial de un soldado que declaró haber actuado como un alemán, de forma automática, sin reflexionar, en una de sus misiones. Viene entonces a la memoria Hannah Arendt y su concepto de la banalidad del mal. Esa reflexión que le costó enemigos y críticas en su época, y un resentimiento de parte de los sionistas que aún hoy no ha desaparecido del todo. Ahí estaba el ejemplo palpable del mal llevado a cabo sin conciencia, por un ser que no piensa, que no está consigo mismo, que había sido normal hasta el mismo momento en que se vio impelido a actuar de determinada forma.

Los herederos autorizados de la Shoá se habían transformado en asesinos eficaces, en “alemanes”, mientras que las “reencarnaciones” de los nazis – según el discurso israelí sobre la Shoá -, esto es, los sencillos habitantes árabes de las localidades rurales, se convertían en víctimas absolutas de esta perversa transposición de la Shoá al conflicto local. (Zertal 2007, 293)

Israel volvió a tomar de la mano el relato del Holocausto, y, de hecho, ya nunca lo soltó. Sospechaban que sería más fácil construir la patria nacional teniéndolo presente. Desde la izquierda a la derecha del abanico político se mantuvo como la clave de bóveda del Estado judío. Daba sentido al conflicto, lo justificaba, lo permitía moralmente con carácter retroactivo. Y al revés, el hecho de tener que enfrentarse a enemigos antisemitas les daba la razón en cuanto a que el mundo se dividía en dos: judíos y antisemitas. Era y es una retroalimentación constante. Dos poleas cuyos movimientos dependen el uno del otro. La identidad israelí surge del destilado de ese conjunto.

Así, dos elementos son los definitivos en la constitución de la política judía desde la formación de su Estado: la nazificación del enemigo – del que no piensa como él – y la necesidad de abrazar la Shoá como causa y detonante del modo de ser de todo un pueblo. Los egipcios vistos como alemanes nazis que provocan y contra ellos claman venganza, odio, calificativos denigrantes – “perros asesinos”, “pilas de egipcios

apestosos” -. Cincuenta años después, en 1992, Benjamin Netanyahu replica desde su posición en la derecha israelí el mismo tipo de argumento contra los acuerdos de paz firmados entre Israel y los palestinos. La ecuación da como resultado un peligroso posicionamiento. Cuando se considera tan nazi como Hitler a alguien que pacta una paz con sus vecinos (léase Isaac Rabin y Yaser Arafat) se pisa terreno movedizo.

En la hemeroteca digital de cualquier diario europeo e israelí, se pueden encontrar numerosas referencias a la campaña de Netanyahu en su afán por descalificar y desacreditar a su rival político y a su enemigo en la guerra por los territorios. Quedan ambos en un mismo nivel. La torpeza y el delirio con que se maneja la elaboración del discurso político que solo busca el beneficio a costa de la verdad y la inteligencia, le hicieron afirmar que Hitler no quiso matar a los judíos, sino que fue el Muftí de Jerusalén quién ideó la solución final. Es igual que decir el ancestro directo de Arafat hizo esto, *ergo* Arafat también llevaría a cabo una solución final. Así lo relató el diario *EL PAÍS*, en su edición del 21 de octubre de 2015:

Benjamín Netanyahu exculpa a Adolf Hitler de haber ideado el Holocausto. El primer ministro había afirmado la noche del martes en Jerusalén en su discurso ante los asistentes al 27º Congreso Sionista: “Hitler no quería exterminar a los judíos en aquel momento [noviembre de 1941], quería expulsarlos”. Según el jefe del Gobierno, fue el líder palestino de la época, el muftí de Jerusalén Haj Amín al Huseini, el que convenció al dirigente nazi durante un encuentro en Berlín con este argumento: “Si expulsa a los judíos, todos ellos vendrán aquí [a Palestina]”.

La tesis de que el dirigente palestino fue quien ideó el plan para exterminar a los judíos en Europa ya había sido planteada por algunos historiadores, según el diario Haaretz como Barry Rubin y Wolfgang G. Schwantz en su libro *Nazis, islamistas y la construcción del moderno Oriente Próximo*, que traza una línea histórica desde Al Huseini hasta la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasir Arafat.

La ONU, que en 1975²² declaró el sionismo como un “movimiento racista”, lo califica de “organización protonazi”. Más tarde, en 1991, fue eliminada la resolución a instancias de Estados Unidos. Obtuvo once votos a favor, 25 en contra y 13 abstenciones.

²² Resolución 3379 del 10 de noviembre de 1975.

Menachem Begin²³ llegó a declarar en 1967 «Israel no debería confiar en la Humanidad, solo en su propio poder. Israel era el único con capacidad para distinguir entre el humo de las bombas y el humo mucho más oscuro de los hornos crematorios» La Shoá, presente. Amos Oz, escribía en el diario *Yediot Ajonot* el 21 de junio de 1982:

[...] no existe ni puede existir bálsamo alguno, susceptible de curar las heridas abiertas en nuestras almas. La muerte de decenas de miles de árabes no las curará. Señor Beguin, Adolf Hitler murió hace 37 años, lo lamentemos o no, es un hecho. Hitler no se esconde en Nabatiye, en Sidón o en Beirut. Está muerto y calcinado.

Un problema añadido fue que nunca definieron las fronteras físicas del país. Se fueron demarcando según se iban ganando y ocupando territorios en guerras contra el mundo árabe circundante. Se transgredieron acuerdos y se ocuparon terrenos excusándose recurriendo al mito de recuperar la Tierra Prometida para llegar a configurar el gran Israel al que pertenecen y que los pertenece, violando cuantas veces se precise la última frontera definida: «El propósito de toda nuestra empresa era y sigue siendo un Gran Israel asentado en sus fronteras antiguas y naturales: del Mediterráneo al desierto y del Líbano al mar Muerto, la patria renacida de todo el pueblo judío.» (Yitsjak Tabenkin²⁴ en Zertal 2015,317)

En la década de los cincuenta y sesenta la política en Israel se adorna de un carácter teológico que se nutre de la sangre de los muertos (de la Shoá y de las guerras) y la leyenda sobre ese gran Israel que se encuentra de forma velada en la Biblia. De todo esto, por aquel entonces, surgía la imperiosa necesidad de conquistar el Sinaí: les pertenecía. Renunciar a ello o devolver un territorio ya conquistado fue comparado, por parte de los políticos judíos, con retrotraerse a los acuerdos de Munich²⁵. La pretensión de sustentar una nación, un Estado sobre la religión y sumarle la necesaria dependencia de la potencia militar fue el modo en que va madurando Israel como país. Siempre

²³ Menachem Begin (1913-1992) Líder sionista y primer ministro de Israel. Compartió con Anwar el-Sādāt, presidente de Egipto, el Premio Nobel de la Paz en 1978, por sus acuerdos de paz entre sus dos países.

²⁴ Uno de los principales teóricos del movimiento de los Kibbutz. Se trasladó a Palestina en 1911, y fue propulsor de numerosos proyectos para el trabajo agrícola en la zona. Confiaba firmemente en la posibilidad de establecer un Estado basado en la forma de vida colectiva de los Kibbutz..

²⁵ Acuerdo llevado a cabo en Munich entre Hitler, Chamberlain, Mussolini y Daladier en 1938. En él, se cedía la region checoslovaca de los Sudetes a Alemania..

esgrimiendo visiones no-históricas del destino judío. Uno de los movimientos más extremistas fue el Gush Emunim (el bloque de la fe) compuesto por los colonos judíos del Sinaí y Cisjordania. Cuando, tras los acuerdos Camp David, se llegó a la última fase de la retirada del Sinaí, en 1981, tuvo lugar una campaña en la prensa con artículos donde se recalca que el concepto “Tierra Prometida” remitía a algo que estaba por encima de cualquier política. De nuevo, surgieron los esfuerzos por aparentar victimismo y ofenderse por una falsa sacralidad. Su objetivo era ser el paradigma del verdadero judío de Israel. Una colona judía escribió lo siguiente el día posterior a los acuerdos de Oslo²⁶ firmados en Washington, según relato de la historiadora judía Idith Zertal:

Veo a un primer ministro israelí que me recuerda al mariscal Petain dándole la mano al jefe nazi y entregándole a los judíos de su país [...]lo quieran o no, volverán a luchar a nuestro lado contra la SS de Gaza que nos harán la guerra con armas azules y blancas (los colores de la bandera de Israel) (2015,324)

Cualquier judío que se esforzase en buscar la paz en Israel a costa de sus territorios fue considerado peor que un gentil o un seguidor del “Dios crucificado”. Se remitieron a las referencias históricas del pasado de Israel, las transformaron a su gusto y las transmitieron para convertirse en guardianes de la pureza, en los originarios judíos que llevaban a sus espaldas la sagrada tarea de continuar haciendo posible Eretz Israel. En ningún momento se hizo referencia al pueblo palestino despojado de su tierra, ni a la humillación, el expolio o el sufrimiento que provocaba la consecución de su santa misión. Convirtieron a ciertos políticos en acérrimos enemigos, pero enemigos de la misma catadura que los nazis. Llegó un momento en que los adjetivaron como *Judenräte*. No concebían que su propio gobierno, el gobierno de Israel, le hiciese retirarse de sus parcelas colonizadas. Durante los años que transcurrieron entre la firma de los acuerdos de paz de Oslo hasta el asesinato de Isaac Rabin se le recriminó continuamente ser un enemigo, traidor e incluso colaborador al modo en que se entendía la colaboración en tiempos anteriores. Hubo manifestaciones, actos violentos, artículos y declaraciones vergonzantes, en prensa y televisión. Y todo con un único objetivo: Isaac Rabin. Como

²⁶ El gobierno del Estado de Israel y de la OLP, en representación del pueblo palestino, acuerdan en 1993 el fin a décadas de confrontación y el reconocimiento a los legítimos derechos políticos y humanos de ambos pueblos. Con ellos se pretendió llegar a un entendimiento que hiciese posible la Convivencia en paz, el reparto equitativo de territorios y la reconciliación a través de un proceso político.

ejemplo el comunicado de prensa del *Likud* en la víspera de la ceremonia de entrega del Nobel de la Paz que recibirían Rabin y Arafat en Oslo: «Rabin no debe hablar en nombre de los mártires de la Shoá cuando reciba el premio junto a los herederos de los nazis». Incluso los rabinos de Judea, Samaria y Gaza reunidos en un comité proclamaron que «la nación no puede guardar silencio ante estas maniobras eminentemente desleales a Eretz Israel, y habrá una guerra por Judea, Samaria y Gaza»

Toda una serie de continuos sinsentidos crearon un ambiente lleno de odio y deseos de vengar las cenizas de los muertos. Cómo no pensar que, en las escuelas, en el ejército o en los medios de comunicación, eran muchos los que respiraban ese rencor y lo hacían suyo. Todo un panorama oscuro, denso y agresivo. Un joven judío, ferviente sionista, sintió dentro de él el espíritu del soldado que libera un territorio y salva a su país. Si actuaba se convertiría en otro héroe, porque Eretz Israel no podía ser más ese gueto asfixiante ni un Auschwitz en ciernes. Así que, Yigal Amir, el 4 de noviembre de 1995 llevó a cabo su heroica acción y acabó con la vida de Rabin convencido de que estaba liberando de nuevo al pueblo judío de un faraón, de Hitler, de quién sabe quién.

Veinte años antes, Hannah Arendt se había convertido en la persona capaz de ver a Adolf Eichmann como un pobre hombre en lugar de asustarse del asesino que fue. La odiaron, vilipendiaron, cubrieron su nombre con el polvo del olvido, sobre todo en Israel. Puede que cualquier desalmado hubiera pensado también en atentar contra su vida, de haber vivido en Israel. Veinte años después, un exmilitar de alto rango que había luchado por su patria, pero que había comprendido que la partición en paz y equitativa de Palestina era lo más justo, le convirtió en blanco del odio visceral más irracional. Lo que Arendt enunció claramente en una ocasión: «El problema personal radicó en lo que hicieron nuestros amigos, no nuestros enemigos». Pocos se hubieran sorprendido si Rabin hubiese sido asesinado por un árabe. Lo tremendo fue que lo hizo otro judío. Le disparó por la espalda de lo cual se deduce que no pudo saber que había sido el odio de un compatriota el que le estaba asesinando.

Hannah Arendt declaró mucho tiempo antes que, el hecho de que el pueblo judío se asentara definitivamente dejando de lado su carácter errante, supuso una «pérdida de calidez humana muy especial» (2018, 63) que era propia de quienes recorrían el mundo

considerándolo todo él su patria. Añadió también que «la libertad se pagaba cara [...] Era hermoso vivir sin ataduras sociales, con una mentalidad abierta y sin prejuicios.» (2018, 64). Una vez que esa Diáspora llega a su fin, el universo que les rodea en otro y tienen que encargarse de otro deber que ya era ineludible: dejar abiertas las fronteras de su Estado a costa de lo que fuese. Ya no distinguían entre un árabe o un judío, un enemigo era un enemigo. Todos los resentidos no pidieron nunca la paz, pidieron la “sal de la Tierra”, porque eran el pueblo elegido, porque Eretz Israel era suyo.

8. CONCLUSIÓN

Como bien dice Shlomo Ben-Ami, en el prólogo al libro *La nación y la muerte* de Idith Zertal, Israel es una nación en permanente tensión cuyo equilibrio pivota entre la carga de la historia judía y el empeño de la revolución sionista de crear un hombre nuevo. La aparente contradicción entre traer el pasado a la vida constantemente y esforzarse por fundar una nación nueva solo lo es para quien lo observa desde fuera. El judío puede jugar con ambas ambiciones. De hecho, su historia ha sido la de nadar entre dos aguas, seguir siendo judío y buscar la forma de que su vida estuviese tan reconocida como la de los demás. Esto último no lo consiguió en la mayoría de las ocasiones. No hay duda en algo: el Holocausto fue la línea mortal que separó las intenciones anteriores para configurar Israel de las posteriores. Hannah Arendt también sufre un cambio en su carrera intelectual y en su vida personal cuando conoce lo que pasa en Alemania. lo que pretendió también fue llegar al fondo del razonamiento de una ideología que se revela genocida y lo hace apoyada en la legalidad, pero no en la ética, por supuesto. Su “ser judía” le lleva a centrar su trayectoria en la reflexión, porque han sido los judíos los interpelados por la humanidad para aniquilarlos. Incluso hoy en día, se hace áspero el pensamiento cuando se vienen a la mente los crímenes cometidos contra la humanidad sobre pueblos que solo eran diferentes porque rezaban a otro dios o porque su manera de entender la vida era distinta. Pues esa sensación elevada a la potencia infinita debió de ser la que Arendt sintió correr por su sangre cuando fue testigo de la destrucción de una parte de la Humanidad. Resumir y enlazar cada pensamiento, conferencia, artículo, de la filósofa con el tema propuesto no ha sido nada complicado. La tarea más interesante ha consistido en comprobar la lucidez de una mente aguda que parecía extraer de los acontecimientos que vivía la consecuente respuesta que la Historia les deparaba.

En el presente trabajo se ha intentado crear una secuencia temporal que abarca casi setenta años. Lo más impresionante es comprobar cómo la historia mezcla sus ingredientes con la filosofía, que pretende cribarlos y separarlos para ejercer sobre ellos la más profunda reflexión. Hannah Arendt criticó el concepto que se impulsó del Estado de Israel como si de él emanase una religión nacional-sionista que venía del culto a Dios y se volcaba en el culto al Estado. Pero dejemos claro un punto: ella no fue nunca enemiga del Estado de Israel. Ella asumió temprano su judeidad, y no hubiera hecho nunca nada

para cambiar eso. Su condición de paria fue lo que se vio como una excentricidad, en esa época, imaginemos, en que cualquier judío pretendía emigrar a Israel y sentirse entre judíos. Ella tenía su propia patria que fue Alemania, aunque no volviese allí tras la guerra. Se daba cuenta, con dolor, que la habían echado de su propio país. Pero guardaba un tesoro, su lengua materna que, al fin y al cabo, era lo único que tenía como propio y que nadie podría jamás arrebatarle. Su alma rebelde y llena de valentía sintió que siendo judía y comportándose de forma que ese aspecto lo impregnase todo podría dar su propia versión de los hechos. No quería ninguna emancipación, ni asimilarse a los lugares que habitaba. Como el camaleón que cambia el color y no se nota su presencia, eso era lo totalmente opuesto a la actitud de Hannah Arendt respecto a su identidad y filiación.

Quiso servir de algún modo a la causa. Por eso trabajó un tiempo en París en una asociación que enviaba jóvenes a Israel para empezar a construir el país: el Aliah de la juventud. Escribe en Aufbau un artículo sobre su quehacer allí y acerca de los temores que los judíos europeos aún tienen dentro.

Desde hace dos mil años, los judíos vagan por todo el mundo, arrastran con ellos sus bultos, sus niños y su nostalgia de una patria. Los bienes, que a menudo pierden en los países extranjeros. ¿Y qué ganan ellos? La experiencia de la tristeza - la capacidad de adaptarse y no dejarse destruir. Pero los niños, que aún no tienen la posibilidad de comprender completamente este destino, pierden todo: el hogar bien establecido, el entorno la patria, los camaradas, la lengua. No son sólo desarraigados, pronto serán errantes (Arendt 1935)

Con el tiempo se alejó de asociaciones, encuentros, congresos, etc. porque quiso ver desde fuera con objetividad. Desde la distancia, desde Norteamérica era capaz de acertar en sus predicciones. Estaba en compañía de sí misma, el análisis de esta forma es más preciso y la reflexión se torna más profunda. Siempre quiso ser leal, a sí misma y a los demás. Sus palabras y sus textos solo reflejaron sus propias convicciones acerca de cada tema que trató, eran críticas de las que sacar provecho, de las que analizar y ver que sus sugerencias podrían o no tenerse en cuenta, pero ella seguiría pensando y dejándose oír. No tuvo rencor a nadie, ni al sionismo, ni a Heidegger, ni a Scholem, ni a Eichmann. Sin embargo, si tenía que decir lo que cada uno le parecía, lo diría sin miedo.

Quedarse en el umbral de un acontecimiento no era su estilo. Su pasión por la política, reforzada por el amor a la filosofía, le hicieron dejar testimonio sobre la apasionante época que le tocó vivir.

Después de la guerra, resultó que la cuestión judía, que había sido considerada la única insoluble, estaba, desde luego, resuelta - principalmente gracias a un territorio primero colonizado y luego conquistado -, pero esto no resolvió el problema de las minorías y de los apátridas [...] La solución de la cuestión judía produjo simplemente una nueva categoría de refugiados, los árabes.

Las conclusiones que se obtienen tras la lectura de las obras de Arendt, sobre todo las que se centran en el tiempo que le tocó vivir, no son numerosísimas, pero sí certeras. Si los judíos no cesaban de considerarse ajenos al resto de la Humanidad y sometidos a las mismas fuerzas históricas y sociales, llegaría el día en que el pueblo judío se disolvería como tal. Por otro lado, querer asimilarse era un error tan grande como despreciable ya que disponía al judío a convertirse en otra persona que odiaría a los judíos. Si era judío, lo era. Tendría que aceptar el peso de siglos de exilio, aunque el destino podría cambiar y ayudarles a no cometer eternamente los mismos errores. En tercer lugar, la concesión por parte de la Liga de Naciones de un territorio históricamente perteneciente al pueblo judío, pero habitado por palestinos árabes fue el mayor desafío con que se encontró la judería del mundo entero. No tendría que significar agruparse e ir acaparando territorio en lugar de convivir con el vecino que ya estaba allí. Tampoco convenía vivir eternamente vigilante respecto a fronteras y defensas militares, porque eso desviaría la atención, los medios y las energías de otros importantes objetivos. Y sobre todo su reflexión más importante se refiere a la necesidad de haber mantenido una vigilancia del proceso y una tutela por parte de Europa o de una Commonwealth judeo-palestina.

Por desgracia, pocas de estas premisas se cumplieron. Lo peor fue ser testigo de la confirmación, siempre, del peor escenario posible. De nada vale lamentarse cuando se han dado ante soluciones a los problemas y no se han querido ver.

9. BIBLIOGRAFÍA

Adler, Laura. *Hannah Arendt. Una biografía*. Ariel, 2019.

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza, 2020.

- - - *Rahel Varnhagen. La vida de una mujer judía*. El cuenco de plata, 2020.
- - - *Responsabilidad y juicio*. Paidós básica, 2007.
- - - *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*. Paidós básica, 2005.
- - - *Sobre la violencia*. Alianza, 2005
- - - *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*. Paidós básica, 2005

Britannica, The Editors of Encyclopaedia. "Arthur James Balfour, 1st earl of Balfour". *Encyclopedia Britannica*, 21 Jul. 2021, www.britannica.com/biography/Arthur-James-Balfour-1st-earl-of-Balfour. Acceso 14 de junio de 2021.

Britannica, The Editors of Encyclopaedia. "Salo Wittmayer Baron". *Encyclopedia Britannica*, 22 May. 2021, www.britannica.com/biography/Salo-Wittmayer-Baron. Acceso 22 de junio de 2021.

Britannica, The Editors of Encyclopaedia. "Judah Leon Magnes". *Encyclopedia Britannica*, 1 de Jul 2021, www.britannica.com/biography/Judah-Leon-Magnes. Acceso 12 de julio de 2021.

Corbetta, Pergiorgio. *Metodología y técnicas de investigación social*. McGraw, 2007.

Dulzaides Iglesias, M.E.; Molina A.M. *Análisis documental y de información: dos componentes de un mismo proceso*. www.scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1024-94352004000200011

Gartner, Lloyd P. "Salo Baron, Universal Jewish Historian." *Jewish Historical Studies*, vol. 42, 2009, pp. 173–188. JSTOR, www.jstor.org/stable/29780128. Acceso 8 de abril de 2021

Gumucio, Juan Carlos. "La ONU anula la resolución que condenaba el sionismo como una forma de racismo". *EL PAÍS*, 17 de diciembre de 1991. www.elpais.com/diario/1991/12/17/internacional/692924415_850215.html
Acceso 20 de junio 2021

Gumucio, Juan Carlos. "La viuda de Rabin acusa a la derecha de crear el clima propicio para el asesinato de su marido". *EL PAÍS*, 7 de noviembre de 1995. www.elpais.com/diario/1995/11/08/internacional/815785219_850215.html
Acceso 19 de mayo 2021

"Israel: Release Body of Slain Palestinian". *Human Right Watch*. 14 de septiembre de 2020 www.hrw.org/news/2020/09/14/israel-release-body-slain-palestinian Acceso 19 de mayo 2021

"Jaim Weizmann". *Hechos de Israel*. Israel Ministry of Foreign Affairs. 26 julio, 1998. www.mfa.gov.il/mfa/mfaes/facts%20about%20israel/pages/jaim%20weizmann.aspx

"La declaración Balfour", 2007, *Ken Stein CIE Center for Israel Education* www.israeled.org/la-declaracion-balfour/ 12 septiembre, 2021

- Magnes, Judah Leon. "Toward Peace in Palestine." *Foreign Affairs*, vol. 21, no. 2, 1943, pp. 239–249. JSTOR www.jstor.org/stable/20029221. Acceso 22 de junio de 2020.
- Meltzer, Julian Louis. "Chaim Weizmann". *Encyclopedia Britannica*, 23 Nov 2020, www.britannica.com/biography/Chaim-Weizmann. Acceso 14 agosto 2021.
- Maor, Zohar. "Moderation from Right to Left: The Hidden Roots of Brit Shalom." *Jewish Social Studies*, vol. 19, no. 2, 2013, pp. 79–108. JSTOR, www.jstor.org/stable/10.2979/jewisocistud.19.2.79. Acceso 10 de diciembre de 2020.
- Naciones Unidas. www.un.org/es/about-us/history-of-the-un/predecessor Acceso 12 de mayo de 2021.
- Oz, Amos. "Un año después del crimen, ¿quién mató a Rabin?". *EL PAÍS*, 4 de noviembre de 1996 www.elpais.com/diario/1996/11/04/opinion/847062001_850215.html Acceso 16 de agosto de 2021
- Oz, Amos. "El sacrificio de Isaac". *EL PAÍS*, 15 de noviembre de 2005 www.elpais.com/diario/2005/11/15/internacional/1132009212_850215.html Acceso 16 agosto 2021
- Priego, Alberto. "La importancia de las divisiones sociopolíticas en la (no) formación de gobierno en Israel" *Real Instituto Elcano*. 25 febrero, 2020. www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/mediterraneo+y+mundo+arabe/ari15-2020-priego-importancia-de-divisiones-sociopoliticas-en-la-no-formacion-de-gobierno-en-israel 3 de septiembre de 2021
- Sanz, Juan Carlos. "El Supremo de Israel prohíbe retener los cadáveres de palestinos abatidos." *EL PAÍS*, 18 de diciembre de 2017. www.elpais.com/internacional/2017/12/17/actualidad/1513542212_245393.html Acceso 19 de mayo 2021
- Sanz, Juan Carlos. "Netanyahu culpa a un líder islámico de convencer a Hitler del Holocausto". *EL PAÍS*, 21 de octubre de 2015. www.elpais.com/internacional/2015/10/21/actualidad/1445420902_320730.html Acceso 16 de agosto de 2021
- Sanz, Juan Carlos. "El día en que murió la paz en Israel". *EL PAÍS*, 9 de noviembre de 2020 www.elpais.com/internacional/2020-11-03/el-dia-en-que-murio-la-paz-en-israel.html Acceso 9 de junio de 2021
- Simon, Akiba Ernst. "Martin Buber". *Encyclopedia Britannica*, 9 Jun. 2021, www.britannica.com/biography/Martin-Buber-German-religious-philosopher. Acceso 12 de julio de 2021.
- Vallés, M. *Técnicas cualitativas de investigación social*. Síntesis, 1999
- Young-Bruehl, Elizabeth. *Hannah Arendt. Una biografía*. Paidós, 2006
- Zertal, Idith. *La nación y la muerte. La Shoá en el discurso y la política de Israel*. Del Nuevo Extremo, 2009.

“Zionist Congresses. The Biltmore Conference”. *Jewish Virtual Library*.
www.jewishvirtuallibrary.org/the-biltmore-conference-1942 12 septiembre, 2021

10. ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

- A**
- Adler, Laura, 59
 - Advenedizo, 59
 - Amir, Yigal, 59
 - Antisemitismo, 59
 - Arafat, Yaser, 59
 - Arendt, Hannah, 59
 - Auschwitz, 59
- B**
- Balfour
 - Declaración, 59
 - Ben Gurion, David, 59
 - Biltmore, 59
 - Blumenfeld, Kurt, 59
- D**
- Diáspora, 59
- E**
- Eichmann, Adolf, 59
 - Éxodo, 59
 - Éxodus, 59
- G**
- Gran Bretaña, 59
 - Guerra Mundial
 - Segunda, 59
- H**
- Haskalá, 59
 - Herzl, Theodore, 59
- I**
- Ilustración, 59
 - Israel, 59
- J**
- Judenräte, 59
 - Judío, 59
- L**
- Lazare, Bertrand, 59
- M**
- Mendelssohn, Moses, 59
- N**
- Netanyahu, Benjamin, 59
- P**
- Palestina, 59
 - Paria, 59
- R**
- Rabin, Isaac, 59
 - Religión, 59
- S**
- Scholem, Gershom, 59
 - Segregación, 59
 - Shoá, 59
- T**
- Talmud, 59
- W**
- White
 - Paper, 59

Y

Young-Bruehl, Elizabeth, 59

Z

Zertal, Idith, 59